

LANDER

LEGADO DE REYES

Fco. V. Salvador

Ilustración de la cubierta: *Caballero en la encrucijada*, de Viktor Vasnetsov

Copyright © 2016 Fco. V. Salvador
(*SafeCreative* 1601256327508)

Quedan prohibidas la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como su distribución sin la autorización del titular del copyright.

ISBN: 152327185X
ISBN-13: 978-1523271856

Nota previa

Son muchas las historias y leyendas que pueblan la faz de Lüreon, veraces en ocasiones, fantasiosas en su mayor parte. Algunas forman series en torno al mismo personaje o a un hecho singular, como una batalla. Otras se ubican en un mismo lugar, y constituyen una suerte de historia mítica, novelada si es transcrita por un escriba, o lírica si la cantan los aedos.

De entre estos ciclos, mi preferido fue siempre el que se centra en el tema landerio: mil años de historia de una nación noble y orgullosa. Su completitud, que cuente con un principio y un final, la hacen abarcable para el lector o el oyente. Su cercanía en el tiempo la convierte en ejemplo y enseñanza para todos nosotros.

Hace algunos años me atreví a crear una antología de las obras que componen la serie, con una selección de las que, para cada período, mejor representaran los ideales que movían a la nación y a su monarca. Buena parte son obras en prosa, pero entre ellas se intercalan fragmentos de narraciones líricas o retazos de epístolas y anales más sobrios. Intenté mejorar los textos de la recopilación, pero siempre he intentado mantener el estilo y el espíritu de cada autor.

Con todo ello, he acabado por conformar lo que titulé *Lander, legado de reyes*, que hoy ve la luz.

Narrador de Antagis, Ciclo de los Soles 5044

Índice

En esta muestra aparecen solo los cuatro primeros episodios.

1. Ultranza.....	- 11 -
2. Consejo	- 21 -
3. Ruina	- 35 -
4. Hogar	- 69 -
5. El reinado de Aënbir el Joven	- 91 -
6. Epístolas de Sorkon el Desposado	- 95 -
7. Recuerdos de un monarca alano	- 101 -
8. La balada de Soräetun.....	- 117 -
9. Tuskerko e Iskerko	- 119 -
10. El siglo de Soräetun	- 123 -
11. A propósito del exilio	- 153 -
12. La defensa de Itirsain.....	- 159 -
13. Apología de Kaugar el Belicoso	- 189 -
14. Un trono de huesos	- 193 -
15. Epístolas de Kaune y Korbene	- 203 -
16. Juez de Naciones.....	- 217 -
17. Himno de Megauro.....	- 223 -
18. Los últimos buenos reyes.....	- 225 -
19. Luz extinguida	- 229 -
Apéndices	- 261 -

1. Ultranza

Frontera del Reino de Aorista, Ciclo de los Soles 4000

Hemos conseguido repeler los primeros asaltos; sin embargo, el torreón no tardará en caer. El capitán Forkis me ha pedido que deje por escrito nuestras últimas horas, pues piensa que, aunque es probable que para entonces no quede nadie con vida en este lugar, los refuerzos acabarán por acudir en nuestra ayuda y les vendrá bien saber a qué deberán enfrentarse. Creo, de todas formas, que lo hace para mantenerme ocupado, ya que soy el más joven de la decuria y, como solía decir mi padre, mi espada aún está limpia.

Mi nombre es Timiano Karopolus, y dispóngome a morir.



Todo comenzó la pasada noche, cuando una enorme nube de negrísima oscuridad cubrió los cielos desde el sur, y nos privó del brillo de lunas y estrellas. Teníamos claro que aquello no era natural, y nuestros corazones llenáronse de temor al sentir el peso de aquella negrura. Pasamos la noche como perros, encaramados en lo alto del torreón aquellos a los que tocaba vigilia, y tendidos, pero en vela, los que debíamos dormir. Sin embargo, aún fue peor cuando amaneció; o, si escribo con propiedad, cuando no amaneció, pues tuvimos

que conformarnos con una luz semejante a la del crepúsculo. Parecíame que el poder de esa nube era superior al del propio Diktis, ya que sus rayos no fueron capaces de alcanzarnos.

Tuvimos un respiro cuando salió el segundo de nuestros astros diurnos, cuya aureola podíamos distinguir detrás de las nubes. Aunque borrosa y sin límites nítidos, logró asentar nuestras ánimas (y, todo hay que decirlo, también nuestros estómagos vacíos, pues la pasada noche ninguno había templado el ánimo lo suficiente como para dar cuenta de su cena). Ni siquiera a mediodía, sin embargo, el rojo Dares consiguió disipar la negrura, tal y como, esperanzados, habíamos creído. Como dijo aquel narrador tan pesimista: la suya «era una luz gris y desanimada, una luz que llegaba vencida después de atravesar nubes gigantescas de oscuridad y frío».

Y, cuando ya el breve día terminaba, algo llegó de nuevo desde el sur. Si la noche anterior nuestros miedos habían aflorado a la vista de las nubes, ahora era la propia Oscuridad la que llegaba para llevarnos a todos. No sé cómo describir esa nueva penumbra, y lo único que puedo decir es que el mismo cielo parecía haber desaparecido, sustituido por un oscuro manto que eliminaba cualquier resquicio de vida o esperanza. El silencio se había convertido en inseparable compañero de la noche.

Durante la cena, que fue muy contenida y escasa en palabras, fue cuando, erizados los cabellos, escuchamos un grito proveniente de la parte superior del edificio. Era la voz de Flavizio, que habíase quedado de guardia en la azotea. Corrimos escaleras arriba tanto como nos lo permitían nuestras piernas, y al llegar a lo alto asistimos a un sangriento espectáculo: alguien, o algo, estaba agachado sobre el inerte Flavizio. La criatura se movió rauda, y saltó desde la cornisa en cuanto avanzamos, las armas ya desenvainadas. El capitán

mandó a Onorba y a Elentis el Zemio junto a la cornisa, mientras él y algunos otros íbamos a ver cómo estaba nuestro derribado compañero. Muerto. Tenía la garganta desgarrada por una dentadura similar a la humana y su arma todavía estaba en la vaina, por lo que sabíamos que no le había dado tiempo a defenderse. Ésos fueron los comentarios que llegué a escuchar antes de que las náuseas me obligaran a ir junto al borde del edificio. Ya repuesto, pude enterarme de algo más: lo que fuese que había atacado a Flavizio no había dejado ni rastro. Fue entonces cuando, pensativo, el capitán Forkis ordenó que encendiéramos el fuego de la almenara para avisar de que estábamos siendo atacados.

No sería ése nuestro último susto, por desgracia.



Horas más tarde, cuando el frío de la noche mordía con mayor fuerza, un nuevo grito vino a perturbar nuestra tensa paz. Pero aquel chillido no era humano; no podía serlo. Como la vez anterior, subimos todos a la parte superior, donde habían quedado de guardia Selezär de Kapis y el bueno de Norfur, uno de los últimos duergos de Bel-gilâk. Una gran mancha oscura era todo lo que quedaba del sufrimiento de Flavizio, cuyo cuerpo habíamos bajado al piso inferior.

La niebla se espesaba en el valle que dominaba la fortaleza, y lograba que nuestra visión abarcara sólo un par de estadios. Pero Elentis, cuya vista era aguda como la del águila, aprestó su decorado arco y extrajo una flecha de la aljaba. Ya veía finalizados nuestros problemas, pues se dice que los arqueros zemios nunca yerran el tiro, y Elentis no me había defraudado nunca en ese sentido. Sin embargo, nuestro compañero bajó el arma, al tiempo que destensaba la cuerda y fruncía el ceño en

una expresión que, de haberlo conocido menos, hubiera afirmado que era de terror.

–Señor –dijo, mientras se giraba hacia al capitán–, me temo que no es sólo una criatura.

Y justo entonces, como si los mil veces malditos hubieran estado esperándolo, una algarabía recorrió el valle. Eran gritos salvajes, pronunciados por voces del Báratro en un lenguaje sucio y demoníaco. Quedárame allí plantado si no fuera por la entereza de nuestro capitán, que los Poderes le alberguen.

–¡Elentis, Onorba! –llamó en cuanto se rehízo–. Sustituid a Selezär y Norfur, que deben llenar la barriga. Derrivad a cualquier bicho que se acerque. El resto, atrancad las puertas y aseguráos de tener buena cantidad de proyectiles junto a cada ventana. Timiano –me dijo cuando ya seguía las escaleras– tú conmigo; debemos preparar la entrada y el salón para reconducir su asalto si las puertas caen.

Lo dijo en un tono de voz tranquilo, pero la simple perspectiva de perder la protección de los gruesos muros de este torreón hacía que me temblaran las rodillas. Le seguí escaleras abajo, y tuve así ocasión de presenciar el siguiente suceso horroroso de la noche.

Selezär, que descendía el primero, se quedó parado al llegar al salón. Alternaba la dirección de su mirada hacia el frente y luego hacia nosotros, con cara de no entender un irresoluble problema.

–¿Habéis movido a Flavizio? –preguntó.

–No, sigue en la capilla –me arriesgué a contestar.

–Eh, pues ya me diréis... –dijo él; y señalaba con la barbilla hacia aquella pieza.

Cuando llegué abajo pude comprobar que decía la verdad: el cadáver de Flavizio no estaba sobre la mesa que habíamos colocado en la pequeña sala donde acudíamos algunos a orar. Nos miramos unos a otros, en busca de una recíproca

explicación, y luego, de forma tácita, comenzamos a movernos y a mirar hacia el suelo como si, en lugar de un cadáver, anduviéramos a la caza de setas...

No he podido evitar soltar una carcajada al recordar la escena, así que creo que mis nervios están ya algo tocados.

De repente, la puerta hacia la que se dirigía Norfur se abrió, y el duergo fue lanzado contra la pared por el fuerte empujón propinado por Flavizio. Era la primera vez que veía un mórtido, y estuve a punto de vomitar por segunda vez en la noche. Una suerte de tumoración negra e infecta sobresalía de su garganta, en el lugar donde la criatura le había mordido, y el olor era inenarrable, como si en lugar de unas horas llevara muerto varios días. Sólo el blanco era visible en sus ojos, y de los labios entreabiertos sobresalía pus de coloración amarillenta.

—¡Rematadlo! —gritó el capitán, y Selezär se adelantó hacia la criatura.

La lanza de mi compañero atravesó de parte a parte el cadáver bamboleante, cuya carne casi no opuso resistencia al frío metal. Con feroz rictus, el que una vez fuera llamado Flavizio alzó la falcata de manufactura isenia y lanzó un fuerte tajo contra la testa de Selezär, que todavía intentaba arrancar el arma de asta. El cráneo de mi compañero pareció explotar bajo el peso enorme del golpe, y regó de sesos sanguinolentos la mesa del comedor.

Norfur, repuesto del golpetazo, lanzó un grito de dolor y balanceó su hacha, que cortó el brazo del mórtido. El capitán Forkis se había acercado por el otro lado, y cuando vio que la criatura (me niego a ver en él al noble Flavizio) le había dado la espalda, no dudó en lanzarle un revés que lanzó su cabeza al otro lado de la habitación. El cadáver cayó al suelo como un guñapo, esta vez muerto por completo.

Fue en ese momento, manchado de sangre y materia gris, cuando el capitán giróse hacia mí para ordenarme que comenzara a escribir lo que podríamos denominar nuestra última gesta.

—Como versó ese poeta cortesano —dijo—, ese Argongote o como sea: «Ayer nacimos, y moriremos mañana».



Ha pasado un día completo desde que escribí lo anterior. No he dormido más que unos minutos desde entonces, y me ha tocado defender mi vida tantas veces, que tardaría demasiado en dejarlo por escrito.

Onorba fue la siguiente en morir, cuando uno de los seres que había conseguido trepar hasta su posición logró agarrarse a su brazo y estiró de ella con tanta fuerza que le arrancó la extremidad de cuajo. No tardó en desangrarse y morir, aunque no pude atender sus últimos momentos porque me vi obligado a ocupar su lugar en la ventana. Disparé a cualquier cosa que se movía, mas fue insuficiente.

Más tarde, un asalto a la parte superior del edificio se llevó por delante al viejo Gamuläl y a Norfur. Cayeron rodeados de cadáveres enemigos, al tratar de darnos tiempo al resto para atrancar por última vez el acceso desde la azotea. Ambos sirvieron bien a nuestra nación durante los largos años de su truncada existencia.

Desde hace algunas horas, las criaturas parecen haber perdido interés en nosotros. Ésa ha sido la única forma de darnos cuenta de la llegada del mediodía.



El motivo de este asalto, si debe llamarse así en lugar de simple matanza, estoy lejos de entenderlo. Leorinia y Leobiano, los hermanos Kerúlidas, me han contado que, hace más de veinte años, asistieron a su semilla, allá en la corte de Vortal: la reina Zora, por entonces una princesa remilgada, desprestigió al mago real, Esveras, que era su mayor y más ambicioso pretendiente. El hechicero marchó ofendido, y viajó hacia el Sur; y se rumorea que en tierras extrañas fue adoctrinado por demonios, y aprendió negras artes. Ahora está al frente de ese ejército que nos acosa: es su poder el que mantiene en nuestro mundo a esos seres, y su magia la que alza a nuestros caídos y los suma a sus tropas. Es por esto que llamamos a nuestro enemigo el Nigromante. Le caerían bien unas palabras del prolífico dramaturgo apodado el Conde Negro, cuando escribió aquello de: «cuál es su objetivo, no lo sé; pero qué es lo que nos trae, puedo decíroslo: con él llega el Averno».



Soy el último que queda de toda nuestra decuria, pero no aguantaré mucho tiempo.

Una vez agotadas todas las flechas y terminados los virotes, lanzamos también las dagas y hasta la leña del hogar. Luego comenzamos a arrancar algunas piedras del revestimiento interior del torreón, y tratábamos de acertar con ellas en la cabeza de las bestias más próximas.

Pero al final, un alevoso ataque sobre el portón pudo con nosotros.

El capitán Forkis luchó con valor y fiereza, aunque nada pudo hacer cuando cinco o seis criaturas pálidas e hinchadas se abalanzaron sobre él desde distintas posiciones. Al verlo, los

Kerülidas se lanzaron contra ellas, mataron a unas cuantas y les arrebataron al herido, con la intención de arrastrarlo al interior mientras el Zemio y yo intentábamos atrancar de nuevo las puertas. Pero uno de los muertos más ágiles saltó sobre Elentis y, aunque pude despacharlo acuchillándolo a conciencia, ése fue nuestro final.

Leobiano y Elentis habían sido mordidos, y el capitán sobrevivía a duras penas. Las puertas yacían rotas y el enemigo nos cercaba por todas partes. Eran decenas y decenas de criaturas, con mórtidos y demonios de baja ralea entremezclados sin ningún orden. Cuando se lanzaron sobre nosotros poco pudimos hacer. Leorinia trataba de proteger a su hermano, y ambos cayeron a un tiempo. Elentis no era muy ducho en el cuerpo a cuerpo, y Forkis no pudo más que hacer una mueca antes de que la marea de seres lo ocultara de mi vista.

Yo he conseguido escapar con una ligera mordedura en el brazo, y me he refugiado en la capilla. La puerta no aguantará más que un embate, pero estoy dispuesto a llevarme conmigo a unos cuantos antes de caer. Al menos tengo el consuelo de saber que, como dijo el crítico de Lujän, «en las grandes empresas, aunque el éxito no sea feliz, sirve de galardón la gloria de haberse atrevido».



Los mórtidos ya están junto a la puerta... Los oigo respirar, e incluso distingo la voz del capitán, que intenta hablarme como si todavía estuviera vivo. Pero es una voz fría y gutural, llegada del Báratro para atormentarme.

Lo más difícil será enfrentarme a las caras de mis compañeros cuando intente clavar mi arma en sus putrefactas

carnes, pero creo estar preparado para morir y reunirme con ellos...

Que los Poderes guarden a quien encuentre estos papeles.

2. Consejo

Complejo sacro de Adaega, Ciclo de los Soles 4001

Era un hombre de rostro curtido, moreno y anguloso; de ojos oscuros, mirada penetrante, y labios siempre prietos. Pero en eso fijábase uno al mirarlo por segunda vez, porque lo que primero llamaba la atención era su abundante cabello, de un blanco brillante a pesar de no superar los cuarenta ciclos. Por esta característica era obvio para todo el mundo que el sureño pertenecía a la familia real de Aorista, y, como de aquel populista poeta, de su alta aristocracia dudar jamás se pudo.

Consciente del efecto que eso solía causar, habíase calado la cogulla hasta los ojos. El Primado de Adaegina, anfitrión del esperado evento, otorgóle el primer turno tras la tarima, así que abandonó su asiento y, muy despacio, descubrió su cabeza. Una exclamación ahogada recorrió los bancos de todo el templo.

—Mi nombre es Praeseo Lenteida, aunque dicen que por mi labor en las rebeliones ildetanas héme ganado el apodo de Leander. He llegado aquí para...

—¡Nada de rebeliones! —interrumpióle Förtikor, un caudillo de Ildetania, al tiempo que se ponía en pie de un salto—. Libre derecho de autogobierno, querréis decir.

La enorme sala quedó en silencio; esperábase la respuesta del sureño. Förtikor miraba a un lado y otro en espera de un

gesto de apoyo o aprobación, mas quedó defraudado. Sin ser conscientes de ello, todos los presentes sentíamos el poder de un verdadero líder ante nosotros, pues la fuerza de la sangre oretana de Praeseo era arrolladora. El de nívea cabellera alzó las manos con las palmas abiertas, conciliador, y pronunció este sabio discurso:

—No ha sido mi intención, ni nunca lo será, provocar malestar en ninguno de los presentes. Si mis palabras han zaherido al perínclito rey de los ildetanos, al suelo me echaré frente a él, lastimaré mis rodillas y me someteré a su castigo. Mas, sea como fuere, ninguna mentira ha abandonado mis labios, al menos ninguna que conociese de antemano: Al frente de una legión de Aorista fui enviado muy joven, y mi sangre regó con profusión el suelo ildetano; ordenóseme vencer a los que tildaron de rebeldes, y así lo hice. Si las instrucciones de aquellos días resultan hoy falaces, anticuadas, o, ¡por ventura!, incorrectas, no debiera yo, un simple militar, discutirlo ante tan ilustre público en este sagrado lugar. Os emplazaría a contender con los más sabios de entre mi pueblo, mas, ¡eal, seríavos imposible, porque la Corte de Vortal ya no existe.

Tras tan larga parrafada, que escondía cierta inquina bajo una modestia superficial, Praeseo quedóse un momento en silencio. Förtikor, que habíase sentado, hinchado como un pavo, tras ser tildado de «*perínclito rey*», realizó una inclinación de cabeza hacia el oretano.

—Lo que estamos deseosos de saber —intervino el Primado—, es el estado actual de Aorista. Es de sobra conocido que Vortal cayó en los primeros ataques, ¿pero qué medidas habéis tomado?

Praeseo bajó la cabeza, y mantuvo el silencio algunos segundos más. Cuando habló, su voz habíase convertido en un murmullo doloroso, grave como el mugido de un buey.

—Siento comunicar, nobles señores, que lo que tenemos entre manos no es sólo una guerra, y no hay medida que podamos tomar para frenar el avance del ejército que nos acosa. Las fuerzas de nuestro enemigo no se componen de trasnos u ogros, sino de las criaturas nacidas en el Caos y la Oscuridad del Inframundo. Su general es un poderoso hechicero capaz de alzar a los muertos y engrosar así las filas de su bando. Los ejércitos de la Sombra no hacen más que aumentar de número. Ha llegado lo que los albos llaman la demonomaquia, y para nosotros es *Ekte-Kalabar i Kutiiir...*

En ese momento, todos quisimos hablar a la vez. Había algunos que gritaban «¡Absurdo!», y repetíanlo sin cesar con parecidos argumentos como «¡Supersticiones albas!». Al mismo tiempo, otros mesábanse los cabellos e incluso las barbas. El grupo de enviados duergos comenzaron lo que parecía a todas luces una discusión interna, con empujones y manos alzadas, y luego agrupáronse para entrechocar las armas con un ritmo marcial. Cerca de mi grupo, uno de los berones, que a mi parecer tenía más aspecto de profeta que de cortesano o diplomático, trataba de hacerse oír por encima del barullo:

—¡*La Guerra contra el Caído!* El fin de nuestro mundo se aproxima... ¡escuchad, insensatos! Preparad vuestras almas para ser recibidas por los Poderes del Submundo.

Transcurrió bastante tiempo sin que las discusiones parecieran disminuir su volumen. Por último, el Primado, que habíase mantenido en silencio y en actitud pensativa, alzó sus manos. Poco a poco, el volumen de las voces disminuyó, y aunque no llegó a hacerse el silencio, al menos pudo oírse al líder del culto de Adaegina.

—Nobles señores que de lejanas tierras habéis acudido a la llamada de la Concordia, ¡escuchadme ahora! Llegada es la hora de nuestra mayor necesidad, y debemos permanecer unidos frente al Horror. Las palabras de Praeseo de Voltar han

añadido un pesado dolor a nuestros corazones, pero es mucho lo que debemos discutir. Hagamos ahora un receso, y disfrutemos del calor de los Soles en nuestras espaldas. Intercambiemos opiniones frente a un buen caldo de las viñas alanas, y, ya repuestos del golpe, retornemos a esta sagrada sala con el ánimo mejor dispuesto.

Pronunciadas dichas palabras, y sin esperar respuesta, se dirigió a las escaleras de caracol que conducían a la superficie.



Ya en el exterior, apartéme de los míos para conocer las opiniones de otros grupos. La misión que había sido encomendada a mi señor era complicada; obligábanos a trabajar con subterfugios y nunca de forma directa, así que decidí desplazarme entre la gente para recoger algunas ideas o cotilleos.

Sin embargo, lo que más me interesaba, que era intercambiar algunas palabras con Praeseo Leander, no pude hacerlo. El sureño estaba bastante más apartado, con la única compañía del Primado y del profeta berón. Los dos primeros parecíame que entrecruzaban sus miradas, conspiradores, como si quisieran hablarse en privado. Pero la presencia del otro impedía toda conversación: gesticulaba con todo el cuerpo, y lanzaba estentóreos gritos. Su discurso se centraba en el Inframundo, los demonios, el final de nuestra civilización y el poderío de Antim, cuyo culto monoteísta se extendía con rapidez entre los berones.

Paseé por el lugar, como digo, con el fin de tomar nota de un comentario aquí y otro acullá, para luego transmitírselos a mi maestro. Las conversaciones no eran, sin embargo, nada del otro mundo, y a pesar de las noticias venidas del sur, los diplomáticos y enviados de los diferentes gobiernos

afanábanse en cerrar acuerdos comerciales y solicitar mejores beneficios en los ya existentes. Podía estar acercándose el fin de nuestra cultura, pero había que ganar dinero hasta entonces.

Me dediqué también a observar el lugar que me rodeaba, pues nuestra llegada había sido un poco apurada, y casi no había tenido tiempo de admirar las bellas construcciones. Adaega era más una comunidad religiosa que una población en el sentido habitual de la palabra. El complejo albergaba, además de un gran establo algo apartado, sólo tres edificios sobre la superficie del suelo, y todos de una planta. Eran de líneas sencillas, mas poseían una decoración pródiga en la que ocupaban principal lugar las fachadas con bajorrelieves que representaban los episodios del panteón oretano. Las edificaciones formaban una suerte de triángulo, en cuyo centro situábase un pedestal sobre el que yacía la triple estatua de Adaegina, guardiana de los infiernos superiores. Esta base poseía una abertura que, cual portal al Submundo y mediante una escalera labrada en una columna de piedra caliza, llevaba a la sala donde celebrábase el culto a la diosa.

Adaega, aunque subsistía sin ayuda externa, labraba en usufructo tierras cedidas por el gobierno de Aorista, y dependía de éste para defenderse de posibles amenazas. La guerra iniciada al sur, de la que escaso conocimiento llegaba al lugar, había puesto en alerta a mucha gente. Aunque los gobernadores de las diferentes regiones trataban de mantener el orden, el reducido número de supervivientes que viajaban al norte provocaba olas de terror. La región de Ildetania había caído bajo el puño de diversos reyezuelos, como Förtikor, pero otras zonas hallábanse sumidas en la anarquía. Así pues, el Primado del culto a Adaegina había enviado mensajeros a diversas ciudades, y consiguió organizar una pequeña reunión de dirigentes o emisarios. Aunque ni el sur ni el lejano norte estaban representados, los asistentes incluían no sólo fersos,

sino también albos, cábiros y duergos, lo que daba universalidad al evento.

Por lo que tenía entendido, el Primado había conseguido expresar la importancia de esta reunión: conmovió la fibra adecuada con el simple método de adaptar cada mensaje a las diferencias culturales entre sus distintos receptores. Hubiérame gustado poder hablar en algún momento con él, y ni siquiera llegué a conocer su nombre. Convirtiéndose así, al menos para mí, en uno de esos personajes anónimos que tanto bien hacen a la sociedad. Quien lo observara en ese momento, mientras llamaba a todo el mundo para continuar nuestra reunión, con una inclinación de cabeza para algunos y una sonrisa para otros, no podría dejar de admirar una cultura, la oretana, que incluso al enfrentarse a su cierto final no dejaba de lado su orgullo de raza, lo que allanaba el terreno para las generaciones por venir. Con su ejemplo, tenía la impresión de estar realizando algo importante para el futuro de los pueblos de Lüreon.



El Primado golpeó el suelo con su vara, con dos toques secos, y dio así comienzo a la siguiente sesión. Leander volvía a ocupar la tarima, mas el Primado quiso hacer una pregunta a mi maestro:

—Antes del receso —dijo con su potente voz—, se ha dicho que las circunstancias que han reunido a esta nuestra asamblea junto al sagrado altar de Adaegina parecen relacionadas con la Guerra contra el Caído. Gustaríame, príncipe Ärulen, que vos o alguno de vuestro pueblo nos hiciera la bondad de comentar el asunto.

Mi señor, el mejor de entre los mejores albos, el más noble que haya caminado sobre Lüreon, poseía unas dotes de

actuación sin igual. Toda nuestra delegación le contemplaba, expectante, y lo mismo hacía el resto de la sala. Él permanecía en silencio, con la diestra mano cerca de la faz, la barbilla sobre el pulgar y el índice sobre el puente de la nariz, en un gesto pensativo que habíale visto multitud de veces. Årulen sabía, por supuesto, lo que iba a decir, pero dábase tiempo para recapacitar y elegir las palabras exactas, a la par que generaba una atención de la que gustaba sobremanera. Por último, alzóse y paseó la vista sobre la sala. Era alto incluso entre nosotros, de proporciones equilibradas y miembros bien contorneados. El pelo liso, largo y negro como la pez, caía en un único y gracioso bucle sobre los afilados rasgos, y sus manos, que con la misma maestría podían coger la delicada pluma que la sangrienta lanza, movíanse con gestos suaves y siempre calculados mientras hablaba de esta manera:

–Saludos, señores, que los Poderes os sean favorables. Es un error muy comun en todos los pueblos de todas las épocas hablar demasiado de las cosas que no se conocen. No deseo ahora –dijo al tiempo que alzaba las manos para frenar una inexistente protesta– generar malvada inquina contra mí por hacer ver ese defecto. Mas éste procede en realidad de algo importantísimo para todos nosotros, y que apártanos del resto de criaturas de la fauna lúrea. Hablo, por supuesto, de la imaginación. Si se la despierta a edad temprana, es la imaginación la encargada de generar el miedo a lo desconocido, lo que mantiene a nuestra gente a salvo junto al fuego del hogar. También, junto a la capacidad que proporciona el pensamiento histórico, permite crear un mañana en nuestra mente, un mañana que todavía no existe pero durante el que tendremos que comer. Y así nace la previsión. Sin embargo, un regalo de tamaña valía no puede nunca ser dado sin una responsabilidad o un defecto en su mismísima sustancia. Llegamos así al inicio de mi intervención.

–Gracias por avisar –dijo el líder del grupo enviado por la ciudad de Ur, duque de las Fuentes si mis datos eran correctos–. De haberlo sabido antes, me hubiera echado un buen sueñecito.

El maleducado comentario despertó fuertes risas entre los urganos, mas por los ojos de mi maestro pasó un relámpago. Vi que su cara ensombreciase por la furia y estuve a punto de tirar de su túnica para tranquilizarlo. Contúvose Ärulen, aunque respiraba de forma sonora, y así se evitaron sufrimientos innecesarios. El Primado parecía agradecido cuando la tensión pareció diluirse, y Leander miraba a mi señor con los ojos entrecerrados y una ceja alzada; preguntábase quizá cómo había aceptado semejante humillación. El duque y el resto de los suyos sonreían todavía, como si hubieran ganado alguna batalla, inconscientes del poder que podía desplegar mi señor.

–Esperaba –siguió Ärulen– poder aportar un ejemplo de lo que he apuntado hace un momento, y veo que nuestro amigo háse decidido a ayudarme, y ha dado él mismo una muestra de ese defecto que comentaba. Gracias, señor, no tenía el placer de conoceros hasta hoy, pero estoy seguro de que volveremos a vernos, supongo y espero que no en las mismas condiciones.

La sonrisa de los urganos borróse en el acto, y el duque de las Fuentes apretó las mandíbulas de manera ostentosa. A su favor tengo que admitir que no tuvo miedo de mi maestro, sino que, muy al contrario, parecía ansioso por enfrentarse a él. La tarea que nuestra delegación debía realizar habíase complicado muchísimo, y era probable que ahora sólo restara el camino de las armas. Sin dar opción a réplica, Ärulen había continuado:

–El hecho de comentar aquello que desconocemos gracias a nuestra fértil imaginación, causa que en la mayoría de ocasiones las noticias se desvirtúen, los cuentos pierdan su

moraleja o los datos considerados exactos dejen de ser confiables. Hace dos milenios, antes de la Gran Diáspora del pueblo ferso, la civilización alba sufrió lo que denominamos, en un obvio paralelismo inverso, la Gran Reclusión. Perdimos cientos de vidas en el proceso, y la mayoría de las colonias que habíamos establecido a lo largo y ancho de Lüreon fueron abandonadas o destruidas por nuestro enemigo. Era éste un ejército de criaturas salidas del Inframundo, dividido en varias órdenes de muy distinto poder: Agares y los demonios de fuego, Glasya y los sombríos, y muchos otros de menor importancia, asaltaron nuestra civilización; mataban y destruían por el mero placer de poder hacerlo.

—Y entonces —interrumpióle el Primado, que parecía querer evitar una nueva actuación de Förtikor o algún otro—, ¿cómo logró vuestro pueblo imponerse en la Guerra Demoníaca?

—Se daba la circunstancia de que los demonios, aunque poderosos, eran pocos en número y en ocasiones iniciaban luchas entre ellos. Como es lógico, dominaban con facilidad las Artes Negras, pero nuestra gente era fuerte también en el uso del Poder, y pudo crear varios objetos para frenar su mal. Hoy son considerados poco menos que reliquias. Así que, poco a poco, los demonios fueron cayendo. Al final, agotados por la guerra, llegó el día en que los ejércitos de la Oscuridad fueron vencidos en el lejano sur. El pueblo albo quedó también herido, aunque no de muerte, y hoy podemos decir que nuestro número casi vuelve a ser el de aquel tiempo.

—¿Y qué hay entonces sobre la Guerra contra el Caído? —preguntó, interesado, uno de los miembros de la embajada oriental de Zalisdonia.

—Sucedió que al sur, en el mayor de los bosques de la Península Isenia, el último de los demonios de fuego lanzó una especie de profecía justo antes de caer muerto: en resumidas cuentas, aquel ente vino a decir que los demonios volverían

cuando la Oscuridad se cerniera sobre Lüreon. Aquello sucedió durante un extraño eclipse, durante el que nuestras lunas, alineadas en dos filas, ocultaron tanto a Dares como a Diktis. Siempre imaginamos que la Profecía de la Demonomaquia, de creerla, hacía referencia a un nuevo eclipse, circunstancia tan rara y extraordinaria que nos pareció lo bastante lejana como para no preocuparnos. Ahora nuestros sabios cuestionan si, en realidad, las proféticas palabras puedan referirse a, si se me permite citar al cortesano Argongote, esa infame turba de nocturnas nubes que, pendiendo tristes y flotando graves, acompañan el avance de ese terrorífico ejército.

—Disculpad, caudillo de albos, si os interrumpo —dijo Leander, el de níveos cabellos—. Es poco lo que sabemos de esa Oscuridad que ciérnese sobre nosotros, pero ninguno de los escasos testigos ha dicho nada sobre demonios. Al parecer, las tropas de nuestro enemigo se componen sólo de mórtidos, alzados por el poder del Nigromante.

—De eso, entonces —contestó mi maestro—, sé lo mismo que vosotros. La cuestión, de todas formas, es averiguar qué vamos a hacer a continuación.

—Juesto es ése el punto clave de nuestra asamblea —intervino el Primado—, más allá de la posibilidad de estrechar lazos entre nuestros pueblos y naciones. Sin embargo, querría formular una última pregunta a Praeseo, si fuera tan amable de responderla. ¿Quién es ese Nigromante que parece estar detrás de la ruina de Aorista?

—Esveras es su nombre, o no ha mucho que lo era. Entre mi gente, el Poder preséntase en raras ocasiones, y nuestra tradición es escasa en objetos mágicos o poderosos hechiceros. Esveras era el más grande de su generación, y es probable que de todas las precedentes en nuestro reino. Luchó, como yo, en la región ildetana, y allí perdió la mano siniestra y el ojo del

mismo lado mientras defendía un enclave estratégico. Por todo ello, fuéronle concedidos grandes honores al regresar a la Corte de Vortal. Parece que, durante uno de los banquetes que celebraban sus victorias, pretendió a la princesa Zora, que hoy es nuestra reina si por ventura aún sigue con vida. Ella, joven y orgullosa, tomó sus insinuaciones por una broma y rió con ganas. Insultado, Esveras dejó Aorista y dirigióse al sur. No ha vuelto a saberse de él, y el imaginario popular sitúale ahora, con el simple nombre de *Nigromante*, tras los mórtidos que asaltaron nuestra tierra.

—Y bien, decidnos —interrumpió, desconsiderado como siempre, el duque de las Fuentes—: ¿Cómo es que os presentáis aquí, con una copiosa columna de guerreros a menos de dos leguas de este sacro lugar, cuando en vuestra tierra está librándose una batalla por la supervivencia?

—¿Guerreros, decís? —preguntó el oretano, con sosegada voz y los ojos casi cerrados—. ¡Ah, infame! No hablaríais así de conocer la verdad. Cuando las primeras noticias sobre los ataques a nuestras fronteras llegaron a mis oídos entrenaba a algunos reclutas en la parte oriental de nuestro reino, al sur de las fronteras de Zalisdonia. Dirigíme con ellos hacia el sur, consciente de que, si no forzaba la marcha en demasía, podría finalizar su adiestramiento antes de llegar a la frontera, pero todavía a tiempo de reforzar alguna línea defensiva. No obstante, a los dos días llegamos a una zona devastada, y debimos luchar por nuestras vidas. Encontré algunos refugiados que todavía escapaban del horror, y volví con ellas hacia el norte, con la idea de dejarlas en alguna población y marchar luego hacia la capital, tomar el mando de una legión y conducirme al combate. Mas las noticias llevábanme a la desesperanza, y la cantidad de refugiados que uníase cada día a mi columna no hacía más que crecer. Así pues, seguía camino al norte cuando mis exploradores encontraron a un mensajero

que volvía a Adaega con la contestación del emperador zalí, y giré al oeste para acudir a esta asamblea. En efecto, una *copiosa columna* descansa a dos leguas de aquí, pero esta compuesta por unos ochenta reclutas, algunos aún imberbes, y unas trescientas personas sin entrenamiento militar, entre los que se incluyen unos cincuenta críos.

—Y ya que hablamos de refugiados, eximio Leander — interrumpió mi señor Ärulen, que todavía no había llegado a sentarse—, gustaríame saber las noticias que han llegado del sur de vuestra frontera.

—Sé de vuestro interés en ello, pues me consta que vuestra hermana Alendra es la dirigente más importante entre los albos del sur lúreo. Mas tengo que declarar no saber nada del lugar. Ninguna noticia ha llegado de la región de Isenia, en el oeste más meridional, pero tampoco de los pueblos dispersos que ocupaban el inmediato sur de nuestros límites, ni de duergos o albos, ni de los excelentes marinos de las islas del Meridión. Por lo que tengo entendido, ningún superviviente ha llegado desde allí. Mas, ¡ea!, noble Ärulen, aunque ominoso, ello no tiene que significar vuestra desesperanza: notad que el Nigromante tiene, por lo que hemos visto, una cuenta pendiente con Aorista, y acaso haya dejado en paz las otras comunidades.

Mi maestro, tras un breve gesto para mostrarle gratitud a Leander por su intento de proporcionarle esperanzas, sentóse con la faz grave y tensa.



Los siguientes tres días estuvieron llenos de discusiones y negociaciones. No me está permitido contar mucho de lo allí hablado, ni de las decisiones tomadas, pero podré hacer un somero resumen de ciertos asuntos.

Por supuesto, el resultado final de la asamblea fue la alianza de las diversas naciones y ciudades-estado implicadas, traducida en la firma del Tratado de los Cuatro Pueblos. Si bien con anterioridad habíanse establecido alianzas y pactos entre diversas naciones, el día había llegado en que el mundo de Lüreon viera una paz multilateral, que incluía leyes de obligado cumplimiento para asegurar la protección mutua frente a un enemigo común, el paso de comerciantes y peregrinos con unas tasas controladas, y la ayuda contra indeseados compañeros como hambrunas o pestes, desastres naturales y demás.

También decidióse continuar las reuniones en años siguientes, y se inició la creación de un recinto especial para este Consejo de Naciones, al tiempo que proponíase la ampliación del número de gobiernos asistentes.

Pero, por supuesto, el tema más tratado, y del que menos puedo hablar, fue la Guerra contra el Caído. Decidieronse algunas pautas, y cada nación y ciudad prometió y otorgó en la medida de sus posibilidades. Unos enviarían ejércitos para formar un frente de batalla compacto que pudiera frenar a la Oscuridad, mientras otros los sustituirían por un pago para alimentar o vestir a las tropas. Nuestro pueblo, entre otras concesiones, debería estudiar el poder sobrenatural de las negras nubes que acompañaban el avance de los mórtidos. Los refugiados de Leander habían conseguido un pacto con los urganos, que mostráronse dispuestos a entregar algunas tierras para que pudieran morar y medrar, a cambio de que protegieran sus fronteras meridionales.

Para resumir el sentir de todos los asistentes, el Primado, en un emotivo discurso de despedida, cerró el primer Consejo de Naciones recordando que, como dijo aquel general iseno que consiguió alcanzar el trono de Aorista, «lo que no es útil para la colmena, no es útil para la abeja».

3. Ruina

Montes al este del territorio urgano, Ciclo de los Soles 4002

El desnudo bosque repartía sus colores entre el blanco nival y el marrón fangoso. Se llenaba de resonantes ecos provocados por el rítmico golpear del hacha contra la madera. La incontenible furia de Praeseo Lenteida, llamado Leander, había hallado una forma de expresión idónea, y más que talar el árbol y cortar la madera, machacaba y destrozaba a un enemigo imaginario. Saltaban las astillas por los aires, y muchas quedaban pegadas a su torso desnudo y sudoroso.

Ya me había acostumbrado a esas explosiones de rabia durante la estación fría pasada en estas montañas, cuyo nombre desconocíamos. En breve, cuando el árbol rindiera el campo de batalla a Leander, el prócer de nuestra gente se erguiría en toda su gallarda estatura para recuperar el aliento y dejaría que el calor acumulado por su cuerpo, lo mismo que el furor de su ánima, exhalara de su cuerpo en forma de vapor en contacto con el frío reinante.

Y no era para menos: Olvidadas las promesas que realizaron durante el Consejo de Naciones, los urganos nos habían negado el paso a sus tierras. Praeseo no hizo caso y decidió seguir hacia el norte, y los jinetes de Ur no dudaron en amenazar a la columna de refugiados. Habíamos logrado escabullirnos de una maniobra envolvente de la caballería

enemiga gracias a la ondulante estepa urgana y a una estratagema astuta, en la que se sacrificaron una decena de nuestros esforzados soldados. Mas, acosados y con la fría estación de Carencia al caer, Leander se había visto obligado a llevar a nuestra gente al este, y nos habíamos refugiado en los montes que separan el territorio urgano del Imperio de Zalisdonia. La marcha había sido dura, pero ningún herido había sido dejado atrás, y tampoco ningún niño quedó perdido en los desconocidos parajes de la estepa.

La escarcha y el viento helado habían pasado factura: pocos eran los que no tosíamos o expulsábamos flemas, y ningún adulto había ganado peso. Aún así, habíamos construido refugios improvisados, no faltaba leña en ningún fuego y todos los días partían grupos a cazar o revisar las trampas colocadas. La nieve, que en nuestra tierra de origen era rarísima, llegó pronto; los jinetes urganos se conformaron con dejarnos allí varados y marcháronse en cuanto llegaron los primeros vientos helados del septentrión.

A lo largo de Carencia, un par de los más ancianos cayeron víctimas de enfermedades de pecho, y cuando un grupo de zagales enfermó tras haber comido unas setas venenosas o en mal estado, sufrimos una baja más, esta vez infinitamente dolorosa por tratarse de mi propio hijo.

Nuestra gente se había ido tornando huraña y malhumorada, y Leander tuvo que frenar esporádicos conatos de peleas. Con ánimo de reforzar los lazos que se establecen de forma natural en la sociedad, nuestro líder decidió refundar el campamento como el culto y la ley oretanas demandaban. Ordenó mejorar un tanto las zonas de paso, con piedras traídas de mayores alturas, y nombró a nuestro refugio Bostogegun, pues lanzó un discurso en el que nos prometió que Cien Días duraría nuestro encierro, y luego llegaría la hora de cobrar venganza.

Las cosas mejoraron tras la pequeña fiesta de ese día, mas Leander seguía taciturno, y la llegada horas atrás de Ärulen no había mejorado su humor, ni muchísimo menos. El príncipe albo vino acompañado de la beldad de melena castaña que siempre iba tras él, en respetuoso silencio y mirándole como si fuera un Poder transfigurado. La presencia de la pareja de albos fue apercibida por nuestros oteadores mucho antes de su entrada a la floresta donde habíamos situado el campamento, pero recibieron éstos la orden de no dejarse ver ni interrumpir el paso de los visitantes, y Leander en persona acudió a recibirlos.

Con él iba Kerüleo, un veterano militar que cumplía las funciones de segundo al mando. Sus dos hijos estaban destinados en uno de los torreones fronterizos cuando se iniciaron los ataques dos ciclos atrás, y nada sabía de ellos. Así mismo les acompañaba Detala, una mujer de gran valor que había llegado a convertirse en una suerte de consejera para mucha gente. Su fuerza le permitía encargarse de su anciano padre, de sus tres hijos, y de cualquiera que necesitara ponerse en sus manos. Pocas veces vi tanta dedicación en una sola persona.

–Bienvenido a Bostogegun –dijo Leander cuando aún les separaban unas veinte varas–. Espero que no os forméis una idea equivocada de nuestra gente y nuestra cultura si sólo puedo ofreceros un tazón de caldo y unas tajadas de venado ahumado.

–Os confesaré, Praeseo, que mi alumna tiene muchísimas virtudes, pero una de ellas no es la cocina –maestro y pupila intercambiaron una mirada, y ella, que aún no poseía ese rostro de edad indescifrable de los albos maduros, se sonrojó como una cría–. Ese tazón de caldo suena en mis oídos como una alabanza a los Espíritus, aunque debo resistirme a probar la

carne: me preparo para la batalla, y estoy realizando una dieta de purificación para que el Poder me encuentre digno.

—¿Para la batalla? —preguntó Kerüleo— ¿Cómo marcha todo?

—Paciencia, amigo —dijo Laender—. Es mucho lo que debe contarnos Ärulen, así que hagamos su estancia lo más cómoda posible.

Marcharon todos juntos a uno de los refugios más amplios, que por lo general se usaba para continuar la abandonada educación de los más pequeños. Allí se sentaron sobre los troncos cortados que servían a modo de asiento, y continuaron una breve pero intensa charla. Yo me situé cerca de la entrada para protegerles de oídos indiscretos, y escuché a mi discreción.

—¿Por dónde deseáis que comience? —preguntó el caudillo albo— ¿La Oscuridad al sur, o la traición al noroeste?

Leander cerró los ojos y suspiró. Luego tomó un pequeño sorbo de caldo y contestó:

—El sur, supongo.

—Bien, las no-tan-malas noticias primero. Hacia finales del ciclo pasado, la invasión de mórtidos pareció perder fuelle. Por un lado, y perdonadme si lo que voy a decir os hace sentir mal, al parecer la magia que los mantiene en pie ralentiza su proceso de descomposición pero no lo detiene, así que con el tiempo se han convertido en... soldados mucho menos efectivos, podríamos decir. Además, sólo actúan cuando la oscuridad es completa, y las nubes van perdiendo intensidad conforme se extienden hacia el norte. No sabemos si es por el frío, o sólo al haberse alejado de su fuente, mas por ahora las noches pertenecen a los mórtidos, y los días restan para nosotros.

—Pero esas son buenas noticias —intervino Detala.

–Lo serían, si eso fuera todo. A lo largo de Carencia se han ido viendo cada vez más partidas de trasnos en el norte. Son grandes, mucho más de lo que habíamos visto hasta ahora, y luchan hasta la muerte. Todavía no hemos logrado capturar ninguno vivo, así que no sabemos si han sido pagados como mercenarios o esclavizados con el Poder. Pero luchan del lado del Nigromante, de eso no hay duda.

Se produjo un pequeño silencio, durante el que Ärulen bebió un par de tragos y los tres oretanos asumían lo que habían escuchado.

–¿Pérdidas? –consultó por último nuestro líder.

–Todo el norte de lo que fue un día Aorista ha terminado por caer, incluido el templo de Adaega. Hasta donde yo sé, las fronteras meridionales de Zalisdonia, que se estaban reforzando, no tardarán mucho en sufrir el mismo destino si los trasnos reciben unas pocas tropas más, y las ciudades alanas tienen la Oscuridad a menos de una ochana. Oí que Braer estaba armando un par de legiones cuando partí de Antagis, pero no sé si llegarán a tiempo. El oeste parece a salvo de momento, aunque si hay un ataque de importancia no encontrará una defensa en condiciones debido a la desunión de los ildetanos. El golpe sobre Aorista afectó a todos...

Nuevo silencio, y otra vez un suspiro de Leander.

–¿Eso es todo? –dijo Kerüleo.

–Y aún os parecerá poco... Sigo sin entender de dónde sacáis el temple los oretanos.

–¿Y qué hay de Ur? –preguntó Leander, tras salir de su ensimismamiento.

–Eso ha sido peor, si cabe. Vengo justo de allí. El duque de las Fuentes parece haber puesto en nuestra contra a todo el consejo de la ciudad.

–Nos honráis al incluiros en la expresión «*nuestra contra*».

–Sólo definiendo un pacto firmado... –dijo Ārulen, y le quitaba importancia al tema con un gesto de sus finos dedos–. No sé si debo transmitir las palabras que pronunciaron sobre vuestro pueblo.

–No aumentará mi omecillo hacia ellos, eso seguro; ni tampoco causará que renuncie a la venganza.

–Pues, para transmitirlo de forma más o menos textual, usaron palabras tomadas de Buenviento, el autor de farsas. Dijeron que vuestras manos «trabajan con pena, luchan con rabia, hurtan con astucia, matan con violencia».

En ese momento, desde el campamento entero pudo oírse el grito de rabia, surgido de la garganta de Kerüleo. Éste salió con rapidez, apartando con brusquedad la piel que hacía las veces de puerta mientras murmuraba por lo bajo. A largas zancadas, se marchó en dirección al riachuelo que nos cedía sus límpidas aguas. En el interior, la conversación no se había detenido.

–No creo –decía el caudillo de albos–, que debáis empecinaros en vuestro ajuste de cuentas. Ellos dicen que todos los pactos se han roto ahora que el altar de Adaegina ha sido profanado, y que ese hecho demuestra que vuestro pueblo arrastra a su paso el Horror. Creen que, si os dan asilo en sus tierras, éstas serán devastadas por la Sombra, y así os consideran peores que apestados. No disponéis de tropas para presentar batalla, y tampoco podréis acercaros lo suficiente al duque de las Fuentes como para asestarle una puñalada, así que es mejor que olvidéis la afrenta.

–Os aseguro que presentaremos batalla. ¿Qué otra cosa podemos hacer?

–Marchar de estos montes y olvidar esta locura. Eso es lo que deberíais hacer.

–¿Y dónde iremos? No lo sabemos. «A golpear la puerta al extranjero; a pedir hospitalidad, buscar una patria en corazones

que no pueden comprender la situación del nuestro, ni tampoco interesarse por un infortunio que desconocen y que miran tan remoto para ellos como la muerte». Así escribió un joven poeta, cuando fue exiliado de su patria.

–Retornad al oeste, o atravesad estas montañas y pedid asilo en Zalisdonia.

–Acabado está el tiempo de limosnar refugio. Pertenezco a una noble estirpe, todavía orgullosa por haber conquistado medio mundo, y os aseguro que llevaré a mi gente a la victoria sobre esos perros que, sonrientes, dijeron ser amigos, y luego han pretendido asaltarnos como vulgares ladrones. Pagarán muy cara semejante bellaquería.

Leander escupía estas palabras con la cabeza gacha y los ojos cerrados, presa de un temblor febril. La rabia se había apoderado de él, y pronto estallaría en una de sus explosiones de actividad. Se despidió de Ärulen con una disculpa, aseguróle que podían quedarse el tiempo que desearan y dejó a Detala a cargo de hacer cómoda su estancia.

Salió luego de la tienda, y se dirigió ladera arriba, en dirección a una zona alejada donde los árboles crecían más apartados unos de otros, y se conseguían buenos ejemplares. Yo le seguí, por si necesitaba ayuda en algún momento, pero me mantuve a cierta distancia para no turbar su desfogue.

Y ahí estábamos: el árbol sin caer, Leander sin aliento mientras dejaba escapar su furor, y yo sentado en una fría y dura piedra. Sin previo aviso, nuestro caudillo se alzó, dejando el hacha clavada en la madera, y exclamó:

–¡Lo tengo! –y luego, tras contemplar el primer atardecer causado por el descenso de Diktis, se giró y me dio una orden—. Reúne a todo el mundo. Antes de la cena deseo hablaros.

Por supuesto, así lo había hecho, y estábamos todos en lo que llamábamos el atrio: una zona un poco más amplia y en ligera pendiente que usábamos para reunirnos. Otros refugiados, no sólo oretanos, se nos habían unido durante el trayecto desde Adaega, e incluso si descontábamos las bajas que nos había dejado Carencia ahora sumábamos unas cuatrocientas almas, incluidos los menores.

Praeseo, consciente de la importancia del momento, dejó que la expectación se apoderara de nosotros. Cuando lo creyó conveniente, descendió por la ladera de la montaña hasta llegar al círculo de luz que formaban las antorchas. Esperó unos segundos, hasta que el silencio fue completo, y comenzó a hablar:

—Dijo el mejor de nuestros literatos que «donde no falta voluntad, siempre hay un camino», y sé que entre nosotros no faltan voluntariosos. Resta menos de una ochana para que finalicen los cien días que prometí como término de nuestra estancia aquí, y tenemos mucho por hacer. Lo primero de todo, debemos realizar un mecanismo mediante ramas flexibles y cuerdas, con la suficiente potencia como para generar la fuerza de un ariete. No estoy muy seguro del diseño, así que tendremos que improvisar sobre la marcha.

—Sin embargo, no creo que sea necesario nada de eso —dijo una voz desde la parte baja de la ladera.

La gente se separó, cada uno preocupado de ver quién era, y allí, entre las sombras de la temprana noche, se encontraba Årulen, pastor de albos. Sonreía tranquilo, con la cabeza ladeada y una sonrisa en los finos labios.

—¿Qué queréis decir? —preguntó nuestro líder.

—Está claro que creéis necesitar ese ingenio para abrir las puertas de Ur: queréis algo parecido a un ariete, pero que pueda ser transportado en varias piezas y manejado por menos gente de la habitual. Supongo que vuestra idea es alejar de la

ciudad a los jinetes, con alguna estratagema, y luego asaltar los muros con unos pocos hombres. Valiente insensatez.

–Si habéis venido aquí a insultarnos –comenzó a decir Kerüleo, mas Leander le interrumpió con un gesto.

–Tenéis un plan mejor –afirmó, convencido.

–Por supuesto. No ha llegado, no obstante, el momento de hacerlo público. Tendréis que llevarme a Ur con vos.

–No era eso lo que había pensado, desde luego, pero lo aceptaré –dijo tras un momento Leander–. El trato sería entonces que yo os llevo a Ur, ¿y vos abríis las puertas para mis tropas?

–Sí, yo lucharía a vuestras órdenes, si entre ellas se incluye penetrar en la ciudad.

–No veo, por tanto, ningún perjuicio para mí o mi gente, pues todo son ventajas. Bien –continuó de nuevo con voz estentórea–, nuestro aliado se ha adelantado a mi anuncio, y ahora sabéis parte de mi plan. Es cierto que, a pesar de ser pocos, debemos dividirnos en grupos aún más pequeños. En primer lugar, todos los menores de veinte ciclos se quedarán aquí, en Bostogegun.

Se alzaron entonces algunos murmullos entre los jóvenes, y una o dos voces llegaron a levantar la voz. Aunque fueron callados enseguida por lo que estaban a su alrededor, Leander pudo oírlo con claridad.

–Los más pequeños serán cuidados por los medianos, y unos y otros necesitan protección, así que los dejo al cargo de nuestros guerreros más jóvenes. Tú –dijo a uno de los que habían alzado la voz, que pegó un respingo–, serás el nuevo líder del campamento.

Al indicar que eran «guerreros» les había concedido una gran importancia, y al mismo tiempo les ordenaba una tarea. Aquellos jóvenes no eran nada simples, y la idea de Leander

no les engañaba, pero si deseaban ser considerados adultos, debían obedecer lo que se les encomendaba.

—Junto a ellos —continuó nuestro caudillo—, quedará cualquiera que el día señalado no pueda correr a buen ritmo. Incluso un sabañón puede hacer que os quedéis aquí, así que cuidado de vuestros pies —dijo con una sonrisa. Aquello ayudó a rebajar un poco la tensión, con lo que las siguientes ideas fueron mejor recibidas—. Por supuesto, los que no pertenezcan al pueblo oretano son libres de hacer lo que deseen, no tengo ningún gobierno sobre ellos. Del resto, yo mismo elegiré a cincuenta personas, que vendrán conmigo hacia Ur. Será un viaje rápido que deberá pasar desapercibido a nuestros enemigos. Para ello, la otra parte de nuestra gente, bajo el mando de Detala, hará de señuelo; marcharán hacia el norte durante tres jornadas. En los próximos días iré concretando detalles, pero mientras tanto deseo que todos tengáis un único pensamiento en la mente, una vieja sentencia dictada por el infame aedo Verdebosque: que «los bardos pronto olvidan a un guerrero que cae sin ninguna gran gesta de armas». Yo prefiero defender en batalla mi honor herido, aunque eso suponga la muerte, a huir con el rabo entre las piernas, como un perro al que a pedradas se espanta. Las generaciones pasadas están observando desde su lugar de descanso, y las futuras tomarán ejemplo de nuestros actos. Por unas y otras, debemos luchar con perseverancia, y, si las Potencias lo permiten, imponernos en esta dura lid. Es la hora más oscura de nuestro pueblo; es el momento de brillar con mayor fuerza.

A continuación, Leander fue diciendo nombres, hasta completar las cincuenta personas. Lo hacía de memoria, sin necesidad de mirar o señalar a nadie, pues nuestro líder conocía el nombre de todos nosotros. Su selección, sin embargo, no seguía el propósito que todos pensábamos. En lugar de elegir a los mejores guerreros, a los más rápidos,

duros y esforzados, hizo lo que a todas luces parecía lo contrario. Sin ir más lejos, me había incluido en ese grupo a mí, que perdí mi mano diestra mientras defendía a mis vecinos, antes de conseguir huir de la Oscuridad bajo la que cayó nuestra aldea y el resto de la nación oretana. El plan de Leander era, sin lugar a dudas, una misión suicida, y había elegido a los menos válidos de entre nosotros para que, incluso si perecíamos todos, los que dejábamos atrás aún pudiesen prosperar.



Días después

Hallábame en la parte baja de la ladera, cerca del límite del bosque. Los oretanos aún finalizaban los preparativos y despedíanse unos de otros con cariño. Disfrutaba allí del calor de Diktis, mientras mi cabeza daba vueltas en torno al mismo tema: por qué mi maestro Ärulen había decidido participar en la batalla. Al preguntarle nada más acabar el discurso del oretano una ochana atrás, sólo repitió las palabras del famoso mercenario metido a bardo: que, «incluso cuando se hacen trampas, sin reglas no habría juego». Esperaba que mi señor descendiera desde lo que los fersos llamaban Cien Días con Detala, Kerüleo y Praeseo, que estaban dando los últimos consejos a los jóvenes que debían permanecer en el campamento.

En cuanto lo vi, al descender en solitario por el estrecho sendero, magnífico en sus ropas de abrigo, acerquéme a él, ávida de una conversación más, antes de la difícil despedida. Mi señor había decidido que yo marchara con el grupo de Detala, mientras él seguía hacia la ciudad de Ur.

–Maestro –dije, nerviosa, cuando llegué a su altura–, sigo sin entender nuestra postura.

Ärulen sonrió con benevolencia, como si fuera cosa mía el no saber lo que pasaba por su mente, y luego señalóme con la barbilla una pequeña formación rocosa que sobresalía del fértil suelo. Hacia allí me encaminé, seguida de cerca por mi señor.

–Sigo sin entender por qué –pregunté en lustalí, para que los oretanos no me entendieran–, si enviasteis a los soldados a casa, seguimos intentando entrar en Ur.

–Ya te dije, pequeña, que si envié a nuestra gente a Lustal fue para proteger nuestra nación de posibles problemas con los ildetanos o los berones. El control que Aorista ejercía al sur de los bosques que nos sirven de frontera encuéntrase ahora fragmentado en pequeños gobiernos. Si éstos dejan atrás sus diferencias y deciden acabar con los albos, o si la Oscuridad comienza a acosarles, tendremos problemas en casa. Ahora bien, respecto a Ur, ya dijeron los músicos ambulantes de Luzero que «lo importante no es ganar, sino hacer perder al otro».

Rió con ganas al ver mi cara de incompreensión, y luego siguió hablando. La idea era bien sencilla, en realidad, mas nunca habría pensado que funcionara.

–Pretendo usar la fuerza y la casta de esta gente para nuestro propio beneficio. Es cierto que los jinetes urganos han roto el trato que habían firmado a las primeras de cambio, y merecen por ello caer en la ignominia. Sin embargo, me he permitido, como seguro observaste durante la reunión en aquella infecta tienda, adornar algunas afirmaciones para inflamar los ánimos de Praeseo y los suyos. En verdad, creo que pueden hacer el trabajo sucio y peligroso por nosotros, y estoy seguro de poder informar a Lustal del éxito de nuestra misión en los próximos meses. Tengo fe en que Ur caerá a sus pies, e incluso si los oretanos deciden quedarse con la ciudad, cosa que en verdad no me imagino, el hecho de haberlo

conseguido gracias a mí me permitirá firmar un tratado con ellos que nos deje en buen lugar.

—Entonces vuestra amistad con su líder...

—Una fachada, como las máscaras de los actores. Pero no te creas, es bidireccional: él no me aguanta, aunque piensa que lo disimula bien. Supongo que el león huele algo, pero cree poder restarle importancia o conseguir anular la desventaja que suponga al final. De todas maneras, como escribió la poetisa alba de allende los mares, en los fersos la memoria es frágil y el transcurso de su vida es muy breve y sucede todo tan deprisa, que no alcanzan a ver la relación entre los acontecimientos ni pueden medir la consecuencia de sus actos.

Alzó la vista el noble albo de oscuros cabellos, y borrose la sonrisa de los labios. Luego compuso otra, que no era igual pero bien daría el pego, y dirigióse con paso ligero al encuentro de Praeseo y sus consejeros. También un guerrero salió de entre las filas oretanas, e interceptó el paso de su caudillo. Era de mediana edad, y procedía de Queraglis, región famosa por lo agreste de su terreno y por los buenos mercenarios que daba a luz. Iba armado con dos lanzas cortas y una ancha adarga, y la frialdad de su faz era muestra de que sus bravuras no eran en absoluto bravatas. Llamábanle Galgo por su excesiva delgadez, que contrastaba con los proporcionados torsos oretanos.

—No podéis dejar fuera a vuestro gusto y placer a los que desean combatir —dijo, sin mediar saludo, al líder oretano.

—Queréis decir —contestó, y una cálida sonrisa emergía de sus labios— que pensáis uniros al grupo de cincuenta que marcharán sobre Ur.

—Eso es. Y no admito réplica. Dijistéis que no poseáis gobierno sobre los que no son oretanos. No soy oretano, así que no podéis elegir mi destino por mí. Yo mismo elegiré

ponerme a vuestras órdenes cuando comience el ataque sobre los jinetes, no antes, y para ninguna otra tarea.

–Puedo al menos preguntar por qué deseáis apuntaros a mi excursión –dijo Praeseo, ahora ya con una abierta sonrisa.

–Vuestro pueblo lucha por vos, y vos por ellos. Por vuestro honor, decís, mas es sólo una forma de llamar a esa dedicación. Yo lucharé por el honor nunca recuperable de una mujer, que resulta ser mi hermana. Nada más diré sobre ello.

–Más que suficiente, amigo. Habéis hablado bien: vendréis conmigo.

Entre las filas oretanas oyéronse voces de protesta, que su caudillo acalló con un gesto seco de la mano. Todos parecían desear acompañarle en su camino a la muerte, y veían que un extraño era elegido antes que ellos. Sin embargo, Praeseo había dejado claras sus intenciones, y su ánimo era incommovible.

Por fin, los cincuenta hombres que Leander había elegido para viajar con él acabaron con sus despedidas, y comenzaron el camino hacia el oeste, acompañados del nuevo recluta procedente de Queraglis y de mi maestro, sobre el que tenía una dolorosa sensación. Habíase mostrado frío, como siempre que estábamos junto a los fersos, pero no lograba sacar de mi cabeza una imagen que había observado en el suelo: la sombra de las lanzas de Galgo sobre la tierra bañada por la luz roja del amanecer de Dares atravesaba la sombra de Ārulen y alejábame de él.



Por nuestra parte, comandados por Detala realizamos un primer día de marcha rápida y agotadora, y nos detuvimos en muchas ocasiones, pero sólo durante unos brevísimos minutos. Para seguir las instrucciones de Praeseo, debíamos

alejarnos lo máximo posible del campamento de Bostegegun para iniciar la estratagema.

Cuando cayó la noche, seguimos avanzando por las lisas praderas urgas durante un par de horas, con las montañas a nuestra derecha. Tras llevar a su gente al límite, Detala ordenó el alto. Yo había oído muchas veces relatos donde el general de las tropas marchaba adelante y atrás de la columna de hombres, vituperaba al rezagado y animaba a todos por igual. Pero aquella mujer había pasado todo el día en cabeza del grupo, con la mirada siempre hacia el frente, y bastó con eso para conseguir que el resto, por no ser inferior a ella, avanzara al mismo ritmo demoledor.

Detala dividió a su gente en tres grupos, que repartió por el lugar que había escogido como campamento, y les dio instrucciones para guardar vigilia por turnos. Luego eligió a los nueve hombres que parecían más enteros, y los envió a las tres colinas más cercanas, tras ordenarles que crearan grandes hogueras. Debían poder ser observadas desde gran distancia, y se mantendrían encendidas toda la noche; por la mañana apartarían los troncos grandes para que humearan, y colocarían verdes ramas sobre las llamas.

Detala siguió paseando por entre su gente, aconsejaba a algunos e infundía energía con sus palabras. Cuando pareció más relajada, y sentóse a comer sus tiras de venado, alleguéme a ella.

—Detala —dije, al ver que ella parecía no darse cuenta de mi presencia.

—Dime, pequeña.

Giré la cabeza, rauda, y la miré con rabia. La insolente, que debía tener sólo una cuarta parte de mi edad, sonrió y continuó:

—Oh, te has molestado... Siento de veras causarte esa desazón. Es porque he visto el trato que te dedica Ärulen, así

que en mi cabeza te veo como una joven, aunque sólo pueda considerársete así entre tu pueblo. Como es natural, tu mirada no ha hecho más que confirmármelo, pues de ser más madura te habrías girado comprensiva o incluso divertida, tal vez con auténtico furor; pero no herida, aunque trates de disfrazarlo con un falso enfado.

–Tenéis razón, pero aún así no os consiento que me habléis con esa intimididad –repuse con voz fría.

–No lo consentís... ¡Ea!, bien. Mirad, niña, hablaré conforme me convenga. A mí no me gusta vuestra actitud, mas tengo demasiado orgullo como para haberlo comentado con Leander o con vuestro maestro, así que debo tragar con vos. Ahí acaba mi problema. Si a vos no os gusto yo, solucionadlo por vos misma o aguantad como la mujer adulta que pretendéis ser. Y ahora, decid pronto para qué habéis venido a hablar conmigo, y así podré seguir mascando estas tiras de cuero que llaman comida.

–Está bien –concedí, apaciguadora, frente a la animadversión de Detala. Había comenzado a admirar a la mujer, y sus palabras, a pesar mío, doliéronme más de lo que pudieron enfadarme—. Veamos. Lo que deseaba proponeros es un problema de cálculo –ahí conseguí su atención–: Según mis fuentes, Ur cuenta con al menos diez mil jinetes, y el doble de tropas a pie; y son incontables los habitantes de esta tierra. Praeseo conduce a cincuenta hombres, y este grupo vuestro no llega a los trescientos. ¿A qué está jugando vuestro líder? Sé que esos fuegos pretenden atraer a los jinetes hacia aquí, para que Leander encuentre el camino expedito, pero aún así... ya me diréis.

–Vuestro maestro confía en la fuerza de nuestra causa –dijo con una sonrisa–, pero veo que vos no soís tan crédula. Intentaré explicároslo. La infantería de Ur está anulada al hallarse desplegada demasiado al sur, en previsión del avance

de la Oscuridad. Lo mismo la mayoría de jinetes, que patrullan los límites de las praderas urgas. De la misma forma que nos subestimaron cuando llegó el frío, tardarán en iniciar una defensa suficiente contra nosotros. Si asumimos que el plan de Leander funciona, así nos oigan los Poderes, nuestra ventaja es la sorpresa: ya que nadie esperaría un ataque en estas condiciones, ése es el plan que debemos seguir. Creemos que la capital sólo estará defendida por medio millar de hombres a pie y tal vez el doble de jinetes. Si la cosa funciona, una gran parte de ellos acudirán hacia este punto; por esa precisa razón debíamos avanzar todo lo posible hacia el norte el primer día, para que Leander y los suyos no se encuentren a los jinetes de frente, en medio de la pradera, donde serían masacrados.

—Pero eso sigue dejando a Praeseo con un diez a uno en contra, y a nosotros con tres o cuatro jinetes por cabeza.

—Si hay suerte —dijo Detala a modo de respuesta—, nuestro grupo no entablará combate alguno. Y si no la hay, pensemos la famosa frase con la que los gladiadores de la pasada era entraban en la arena: *la muerte nos sonrío a todos, así que devolvámosle la sonrisa*. Por cierto que habéis dicho «*nosotros*» —continuó con algo de sorna—. ¿Estáis empezando a creer que tenemos posibilidades?

Yo sonreí a mi vez, pero sentíame extraña: era verdad que los esfuerzos de la pasada ochana, y sobre todo los del último día, habíanme hecho partícipe del dolor de este pueblo. Además, mientras Detala hablaba, había visto una suerte de pequeña llama en sus ojos. Iluminada sólo por la luz de las lunas, ocurrióseme que con aquel fuego que veía arder en sus pupilas podríanse quemar mil ciudades.



Era cierto que al día siguiente la marcha fue más lenta, pero tampoco fue un camino de rosas. Cada uno de nosotros tuvo que llevar consigo una suerte de parihuelas cuya parte trasera debía arrastrar por el suelo. Fabricadas en el campamento de Bostegegun a partir de ramas verdes de los esbeltos pinos del lugar, eran una forma sencilla de que trescientas personas levantaran una nube de polvo visible a muchas leguas de distancia. Habían sido llevadas allí como si fueran mochilas por algunos de los más resistentes del grupo, y en un primer momento parecióme que eran mullidas camas. Quisiera que lo hubieran sido.

La combinación del desacostumbrado peso, el asfixiante polvo y la temprana sequedad de las llanuras urganas hacíanme desfallecer, y llegó un momento en que lo único que me permitía seguir adelante era comprobar que todos lo hacían. Algunos incluso arrastraban mayor cantidad de ramas, abiertas en abanico. El día transcurrió muy lento, lo mismo que el siguiente, cuya diferencia pude medir sólo por la cantidad de llagas en mis pies y de calambres en mis piernas.

La mañana del cuarto día desde que abandonamos Bostegegun, sin embargo, fue bastante distinta. A Detala y los suyos no se les ocurrió otra cosa que incendiar las praderas. No era tarea fácil debido a lo temprano de la estación, cuyo calor todavía no había secado la hierba larga que caracterizaba la zona. Aún así, los oretanos distribuyeron las ramas que habíamos arrastrado hasta allí para formar una larga línea que se internaba en las llanuras, e intentaban que, incluso sin extenderse, el fuego pareciera ocupar una amplia zona si se veía desde la capital de Urgan.

Una vez el incendio fue iniciado, nos refugiamos en los montes para descansar y comenzar a continuación nuestro regreso hacia el sur. El viaje de vuelta sería algo más largo que

el de ida, al movernos por terrero ondulante y boscoso, mas ello evitaría un indeseado encuentro con tropas urgas.

Sin embargo, el enemigo no era un completo estúpido: Los jinetes habían detectado nuestros movimientos, y nos esperaban emboscados en los bordes de un ancho claro que debíamos atravesar. Detala no había tenido la precaución de enviar exploradores por delante, al contrario que en días anteriores, y tanto ella como el resto viajábamos cansados, con la mirada todo el tiempo hacia el este, tanto a nuestras espaldas (donde veíamos todavía el humo del incendio), como hacia nuestra derecha (por si aparecían los jinetes); pero nunca hacia delante. Y así fue como, desperdigados, caímos en la trampa.



De repente surgen de todas partes como ánimas que hubieran acudido para llevarnos al Inframundo, y los jinetes lánzase al ataque desde varios puntos en un ancho arco. El primer choque es brutal y sanguinario, y el número de los oretanos que caen al suelo es grande, rotos los miembros y destrozados los bellos cuerpos.

Mas ya se reponen mis compañeros, y comienzan a gritarse las primeras órdenes y a jalearse unos a otros. Pronto nos reunimos en apretada formación, y aguantamos con dificultad una segunda carga. Los largos sables enemigos laceran carne y rompen hueso, mas las falcatas oretanas hacen también su trabajo en hombres y monturas por igual.

Repléganse los jinetes, que se cuentan todavía en muchos cientos, y se dividen en tres grupos. Cargan todos a un tiempo sobre nuestro pequeño cuadro, y, de la misma forma que los cachorros se molestan unos a otros cuando acuden al cálido vientre materno para mamar, así estórbanse los jinetes urgas

al tratar de darnos muerte. Esta carga ha sido un tanto a favor de los oretanos, no cabe duda alguna.

Mas numerosos jinetes extraen arcos cortos y afiladas flechas, y disparan sin piedad sobre nosotros. Algunos hoplones y adargas protegen de forma insuficiente nuestro cuádruple frente, y mana otra vez la sangre oretana. Los jinetes parecen dispuestos a cargar una vez más sobre nosotros, pero resuena el bramido de un cuerno de señales, y parecen esperar órdenes.

Aprovecho ese breve momento para mirar a mi alrededor. Los soles están altos en el cielo, por lo que llevamos luchando toda la mañana... aunque haya parecido sólo un instante. Nuestra formación, rodeada de un muro bajo formado por cadáveres donde se entremezclan sin distinción oretanos, urganos y caballerías, no debe llegar ni de lejos a las doscientas personas.

Veo junto a mí a Detala, que me mira con preocupación. Dice algo sobre la palidez de mi cara y un astil de flecha en mi costado, pero yo ni siquiera la escucho: Tengo una lanza que agarro con mi mano, pegajosa por la sangre seca, pero la testabroncínea asta me sujeta también a mí para que no caiga; he conseguido llegar a ser una con mi arma... Ärulen estaría orgulloso. La mujer parece tranquilizarse un tanto por mis incoherentes balbuceos, aunque la niebla que bloquea mis sentidos háceme difícil saberlo.

Por último, los jinetes vuelven grupas hacia el este; han huido del campo de batalla sin realizar esa última carga. De alguna manera, hemos vencido, y para mí llega la hora de sumirme en el dulce sueño de la inconsciencia. Ése será mi premio.



En las inmediaciones de Ur

Los tres días que duró nuestro viaje hacia la capital de los urganos transcurrieron sin problemas, y a pesar de los nervios de Kerüleo y algunos otros, todo marchó bien hasta que tuvimos las murallas de Ur frente a nosotros, a escasos diez estadios. Una pequeña colina nos sirvió para vigilar sin ser vistos, mientras esperábamos la llegada de la noche para avanzar sobre la ciudad.

—¿Estáis seguro de poder abrirnos los portones, Ärulen?

—Os equivocáis, amigo Praeseo, yo no dije nada de abrir las puertas de Ur —y luego, al ver la cara de extrañeza de Leander, casi amenazante, continuó—. Yo os dije «*entrar en la ciudad*», y no siempre es necesario encontrar puertas para ello.

—Si se trata de alguna maleficiencia alba —interrumpió Kerüleo—, no pienso consentir que la magia me toque ni un pelo.

—Podrías explicaros mejor... —solicitó el líder oretano.

—Frente a vosotros, nobles oretanos de valiente corazón, hállese la ciudad de Ur, gloria y orgullo de los jinetes urganos —hablaba como en las narraciones de los aedos, mas un tinte amargo e irónico a un tiempo cubría sus palabras de hiel—. Jinetes que ocuparon una ciudad que ya estaba construida, aunque dejada atrás en un momento de necesidad. Las murallas que observáis fueron construidas por los abuelos de mi pueblo, lo mismo que algunos de los edificios más grandes. He estado muchas veces en esa ciudad; y no me refiero en los últimos años. Cuando llegaron las órdenes para la Gran Reclusión, yo fui el encargado de conducir la columna de refugiados hacia Lustal. Por ese mismo motivo, desde el primer momento en que supe de las dificultades que atravesábais empaticé con vuestra gesta.

–Decís –comentó Kerüleo, como si quisiera asegurarse–, que habitábais en Ur cuando comenzó la Gran Reclusión de los albos, hace dos milenios...

–En aquel tiempo no se llamaba Ur, pero sí. Mis pies recorren Lüreon desde antes del inicio de los tiempos.

Luego calló, y sumióse en un estado de inmovilidad tal que parecía dormido. A continuación, poco a poco, su respiración se ralentizó. Sus entrecerrados ojos, sin embargo, recorrían la ciudad una y otra vez con una chispa de locura encerrada en ellos.



Cuando el rojo Dares fue en busca de su hermano en la visita al Submundo, corrimos raudos entre las sombras que las pequeñas elevaciones proporcionaban. El albo se puso al frente de la marcha, ya que parecía conocer la zona bastante bien. No en vano había actuado como una suerte de negociador para nuestro bando, aunque de poco había servido su tarea. Lo seguimos en su zigzag entre los cerros, hasta la ancha base de piedra granítica sobre la que se asentaban las murallas exteriores de Ur. Leander ordenó silencio con un gesto, innecesario a mi entender pues todos sabíamos de la importancia del sigilo para el éxito de nuestra acción.

Luego siguió hacia el noreste, tras rodear la redondeada piedra de más de cinco varas de altura. En un primer momento, pensaba que nos dirigíamos a un lugar donde pudiera escalarse. Más adelante, cuando llegó a mis fosas nasales el nauseabundo olor de los sumideros de la ciudad, pensé que nos introduciríamos por algún albañal. No obstante, cuando llegamos al lugar donde desaguaban (una erosionada balsa de líquido acumulado, cuya putrefacta superficie estaba repleta de algas), comprobé con una mirada que el par de

canales estaba bien sellado mediante un recio enrejado. Tengo que confesar que fue un alivio no tener que introducirme por esos túneles.

Y el albo seguía andando y rodeando la ciudad, con todos nosotros a la zaga, bien pegados a la pared de granito. Por último, Ärulen se detuvo al llegar a un punto que yo veía como cualquier otro, y apoyó sus manos sobre la roca. Aproximó su faz, que parecía tallada en mármol, y pronunció unas suaves palabras sobre el granito, de la misma forma que el amado susurra a la amada durante el acto. Al instante, unas líneas comenzaron a brillar en la pared, y relucieron a la luz de las lunas con un color violeta, antinatural.

–Praeseo, la hora del pago por mis servicios ha llegado.

–Lo suponía.

–Vos deseáis entrar en la ciudad, pero no tenéis ni hombres ni instrumentos para hacerlo. Si finalizo el sortilegio grabado en esta piedra, y soy el único que puede hacerlo en muchas leguas a la redonda, os podré llevar al interior de la ciudad, y tomaréis la torre principal en un único asalto.

–Si pretendíais sorprenderme, no lo habéis logrado, Ärulen. Sabía que dejar a vuestra pupila con Detala era algo premeditado, mas supongo que ella nada sabía de vuestro plan exacto, por lo que no actuaba durante la despedida en Bostegegun. Creo que no es mucho, sin embargo, lo que nos habéis mentido. Sólo habéis ocultado cosas, ¿no es cierto? Supongo, entonces, que váis a pedirme parte de la ciudad.

–La mitad para ser exactos –contestó, con un sonrisa pícaro en sus tirantes labios.

–Hasta hace no demasiado, pensaba dejarla abandonada una vez cumplida nuestra venganza, pero vuestro burdo intento de engañarme hace que me plantee quedarme con ella.

—No hace falta insultar, amigo Praeseo: no ha sido algo burdo. Estoy seguro de que soís el único de los vuestros que se ha dado cuenta.

—Eso es porque soy el que más ha tratado con vos. Y el que más confianza ha fingido. Siempre me enseñaron que es mejor pasar por tonto y demostrar luego lo contrario, que pasarse de listo y quedar como ignorante. Y no me llaméis «*amigo*», es indigno de nuestra actual posición.

—No creo que sea el momento para enseñarme una lección —dijo el albo, y señalaba con la barbilla hacia lo alto de la muralla—. Vos decidís. Abriré la puerta si prometéis la mitad de la ciudad para los albos. Confío en vuestro honor lo suficiente como para no solicitar firma alguna.

Leander apretó los labios, mientras pensaba en cómo poder salir de aquello sin dejar de lado el cercano objetivo. Al fin, sin encontrar otra solución, acabó por aceptar:

—Juro por mis antepasados que, una vez tomada esta ciudad bajo mi gobierno y a salvo los oretanos bajo mi cargo, cederé la mitad de su superficie y la mitad de sus edificios al gobierno de Lustal, representado por Ärulen; serán una y otra parte equitativas y tomadas de común acuerdo por un tribunal reunido de forma pacífica.

—Muy bien dicho —dijo Ärulen, admirativo, mientras estrechaba la muñeca que nuestro líder le ofrecía. Con las miradas de entrambos, se habrían podido congelar los Dos Soles.

A continuación, volvió a tomar posición junto al muro, en el lugar donde aún rielaba la silueta de luz, y susurró nuevas palabras. Parte de la pared, con un leve roce que pese a tener un volumen bajísimo lograba erizar mis cabellos, se deslizó en el interior del granito para dejar a la vista un largo pasadizo que se internaba en la roca, con una leve pendiente hacia arriba.

Hacia allá dentro se dirigió Leander, mas al ver que el albo hacía intención de acompañarle, hombro con hombro, le frenó.

—¿Dónde os creéis que vais? —preguntó.

—Seguís necesitando de mi ayuda, ya que en el otro extremo hay un acceso similar a éste. Además, conozco la distribución de la ciudad actual, así que conmigo iréis mucho más rápido. Tranquilo, el resto de favores os los dejo al mismo precio que ya hemos tratado. Además, no puedo perderme la caída de Ur: llegar tan lejos y no matar a unos cuantos jinetes no tendría ni pizca de gracia. Ni de gloria.

—He de aceptar que tenéis razón, aunque me gustaría dejaros atrás, por cierto.

—Oh, vamos —repuso el albo, mientras hacía una carantoña—. De acuerdo, he querido sacar un beneficio que jamás imaginé obtener como una gracia o merced. ¿Borra eso todas las aportaciones que he hecho a vuestro pueblo? ¿Toda la ayuda prestada, los consejos, las leguas recorridas?

—No, sólo las hace menos trascendentes porque no fueron desinteresadas. Mas ahora ya da todo igual. ¡Ea, vamos! Hay una ciudad que tomar.

El pasaje, que medía unas cien varas de longitud y estaba por completo libre de polvo, daba de hecho a una pared desnuda, aunque esta vez era una lisa superficie de mármol. Mientras avanzábamos, Praeseo Leander volvía a insuflar ánimos en nosotros, que estábamos ávidos de ellos. El albo comenzó el mismo ritual que le habíamos visto realizar en el exterior. Cuando estaba a punto de finalizar, dijo:

—Cuando atravesemos este muro, estaremos en el interior de lo que era el Templo a los Espíritus de los Antepasados, un gran edificio con esbeltas columnas que los organos han transformado en su Palacio del Tesoro. Hay una única entrada:

un portón protegido por tres guardias, que se encuentra tras superar dos salas, hacia el oeste.

Nuestro líder dio entonces algunas instrucciones, y luego, de forma sorprendente, preguntó:

–¿Alguno de vosotros había dedicado su vida a alguna divinidad? –y luego, al ver que todos negaban–. ¿Ni siquiera como diáconos?

–Yo –dije con timidez–, era herrero antes de perder la mano por culpa de esas criaturas. Conozco algunos ruegos a Saur que pueden, por ventura, servir para lo que pretendéis.

Praeseo dio su consentimiento con la cabeza, así que busqué en mi memoria una de las plegarias que demostraran con mayor fuerza la faceta guerrera de mi deidad patrona. Aunque la pronuncié con voz trémula, noté que hacía efecto en mis compañeros, y junto a la gastada garganta de Kerüleo, que me acompañó en algunos versos, terminó por transformar en soldados de verdad a los corderos que habían comenzado el viaje.

El albo terminó el ritual, y comenzó el derramamiento de sangre. No voy a narrar punto por punto lo que en aquel ataque sucedió, pues es probable que se me acusara de explicitar una innecesaria violencia. Mas no puedo dejar de describir la facilidad con la que nuestros hombres tomaron la plaza.

Entre las razones para ello está, por supuesto, el hecho de atacar por sorpresa: La mayoría de combates fueron efectuados con una clara superioridad a nuestro favor (nótese lo irónico de este hecho), y en los primeros casos los guardias urganos ni siquiera llegaron a defenderse, al ser atacados desde las sombras que les rodeaban. Pero, además, nuestra superior cultura militar chocaba contra guardias desentrenados o novatos, cuya importancia en el ejército de nobles urganos era menospreciada.

El torreón interior cayó con algo más de dificultad, en un combate en el que he de reconocer las superiores dotes de Árulen, que incluso tuvo tiempo de salvarme en una ocasión arriesgada, y del que llamábamos Galgo, quien protegió la vida de Leander como si fuera la suya propia. Al final conseguimos entrar en el edificio y apoderarnos de los salones en los que se reunían los nobles urganos que regían el país. Y en la última sala, protegido por una nutrida guardia que puso las cosas muy difíciles a los nuestros, capturamos al rey de Ur.

Poco después, y aunque ya toda la ciudad sabía de nuestra existencia, varios grupos de mis compañeros realizaron incursiones sobre las grandes casas cercanas, y tomaron de esa manera más rehenes entre la clase dirigente. El caos se propagó entre la plebe, que se contaba por miles.

Para cuando llegó el alba, el rey había sido obligado a firmar un bando en el que ordenaba el abandono inmediato de toda la población, cuyos habitantes debían permanecer en la amplia llanura al oeste de la misma. *Los extranjeros, decía, han tomado toda nuestra plata, y disponen de muchos nobles y de mi misma persona como prisioneros. La negociación es imposible y debemos aceptar sus prerrogativas.* Además, también se le forzó a enviar mensajes a los jinetes que se encontraban en el este, y que con seguridad acosaban a nuestros amigos, con la orden de reforzar las fronteras meridionales de forma inmediata.

Luego, con toda la gente de Ur como testigos, el corazón en un puño, Leander ordenó quemar de forma sistemática los barrios de la ciudad. Fue una tarea lenta, ya que sólo quedábamos una treintena de oretanos: sólo siete habían muerto en el asalto, pero del resto muchos permanecían incapacitados por sus heridas. Más aún, nuestro caudillo deseaba que todo el oro y la plata almacenados en el Palacio del Templo, ya fueran monedas u objetos, se destruyeran con el fuego. El mismo destino correría cualquier objeto que

podiera considerarse un lujo, ya fuera una obra de arte o un útil decorado en exceso. Comida y mantas, sin embargo, fueron repartidas entre los urganos que seguían fuera de las murallas, tras reservar una mínima parte para los oretanos.

Una cuadrilla de hombres debía echar abajo los edificios más grandes, en particular aquellos que presentasen la ostentosa decoración urgana. Se usaron también las máquinas de asedio que residían en la ciudad para destruir las murallas desde dentro, así como otros edificios que aguantaran en pie tras el incendio. Los gritos de dolor surgidos de entre la gente del exterior, conforme veían reducirse a la nada su ciudad, me quebraban el ánimo. Como describió un caballero cojitranco, «no hallé cosa en que poner los ojos que no fuese recuerdo de la muerte».

En cierto momento, hubo bastante inquietud entre los del exterior, que parecían dispuestos a penetrar por los huecos de la muralla. Sin embargo, la amenaza no era tan seria a pesar de su gran número: los habíamos desarmado antes de sacarlos de la ciudad, y para que frenaran sus arrebatos de furor hubo que recordarles que sobre el rey y sobre muchos nobles pendían nuestras espadas. Los juramentos de estas gentes hacia su estamento nobiliario se encargaron del resto.

Ninguno de los oretanos puso mayores problemas a la destrucción de Ur, y aunque a veces alguno de los refugiados de otros lugares que se nos habían unido con posterioridad parecía algo descolocado o afectado por lo que veía, ninguno dijo nada. Sin embargo, una persona sí tenía problemas con ello, y se los expuso a Leander.

—Este no es el acuerdo al que llegamos —dijo Ärulen, el líder albo, la tercera mañana desde nuestra entrada en Ur—. Estáis por completo enajenado, y no atendéis a razones. Esa gente que habéis sacado de la ciudad, y a la que obligáis a mirar

mientras vos creáis una ruina con sus bellos edificios, son ahora refugiados, tal y como lo erais vosotros.

Nuestro líder, mientras tanto, sonreía tranquilo. Sabía que ese momento iba a llegar, y tenía preparada la contestación.

–Nosotros, Ärulen, cuando terminemos nuestra tarea aquí y nos reunamos de nuevo bajo la cúpula azul del mundo, seguiremos siendo refugiados. No olvidéis que fueron los habitantes de esta ciudad los que nos negaron asilo. Y no, no digáis que eso lo hicieron sólo los nobles: los alanos dicen que una ciudad que permite aposentarse a un tirano sin hacer nada por impedirselo, merece el justo castigo de sufrir su gobierno. No estoy enajenado, y mis razones son cosa mía. No he roto nuestro pacto: os dije bien claro que la mitad de la ciudad sería vuestra cuando mi gente estuviera a salvo, y todavía no sé nada de ellos. Aún espero noticias.

–Eso es retorcer las palabras, Praeseo, y jamás hubiera imaginado de vos un truco tan sucio.

–Claro. Sólo los albos hacen traiciones de alto nivel, ¿verdad? Toda acción tiene su consecuencia, y ésta constituye una lección también para vos. No sólo estoy obligando a los urganos a contemplar la ruina de esta ciudad: vos, que habéis pretendido utilizar a mi pueblo en vuestro beneficio, también estáis dentro del mismo saco. Dejadme tranquilo, Ärulen, y marchad a calcular cuánto es la mitad de nada.



Aquella destrucción continuó por otros tres días más, al término de los cuales pude vislumbrar, desde el lienzo de muralla que aún estaba en pie, la columna con el resto de los refugiados de nuestro pueblo. Su número se había reducido desde que los viera por última vez, y traían a muchos tendidos en bastas parihuelas. Muchos de los jóvenes más mayores, que

habían permanecido en Bostegegun, eran quienes llevaban ahora las armas, como si tomaran el relevo a la generación de sus padres. Triste orgullo el de nuestro pueblo en aquellos días.

Ärulen había salido a recibir a los refugiados junto a sólo unos pocos de los oretanos de la ciudad. Al no encontrar a su pupila por ninguna parte, se acercó a Detala, que hablaba con Praeseo, y le preguntó por ella. La mujer señaló una camilla un poco más arriba, junto a la que él había pasado sin darse cuenta, y le dijo:

–La joven luchó bien –decía Detala–, y tuvo que ser una traicionera flecha la que pudo con ella. Moverla no podía empeorar su estado, así que la hemos traído en camilla todo el trayecto. En ocasiones la he visto garabatear en esas hojas, pero creo que lo que deseaba era veros una vez más, antes de su fin. Le he aplicado sobre la herida hojas de oändero, mas no puedo salvar su vida. Vuestro dolor es el mío...

Ärulen, el rostro oculto por una máscara de sufrimiento, abandonó la conversación sin siquiera un gesto, y acudió junto a la yaciente. Aunque nadie se acercó para que pudieran disfrutar de intimidad, desde donde me encontraba pude ver que el albo echaba mano al costado de su alumna para comprobar la gravedad de la herida, y lo encontró tenso por la sangre agolpada. Ella, se retorció un poco, molesta por el dolor, y agarró la mano de su maestro con las escasas fuerzas que tenía. Se intercambiaron sólo unos susurros, y por último Ärulen posó con suavidad sus labios en los de ella, que habían perdido ya todo color. La joven expiró con una sonrisa de largo anhelo cumplido, y se apagó como se apaga una tarde de Marchitamiento. Así lo hubiera escrito al menos quien no quiso ser novelista.

Yo esperaba ver en ese momento una explosión de dolor en el siempre frío albo, mas él se alzó y con la cabeza a medio

girar miró por encima de su hombro para pedir con voz potente:

—¿Me prestaréis un caballo, Praeseo?

—La mitad de los que hubieren en la ciudad es vuestra —dijo él. Su mirada parecía contener comprensión, pero no compasión.

El albo negó con la cabeza, y bajó una octava la voz al responder:

—Nada tomaré para mí; reniego de toda esta ruina. Mas ella lo necesita para llegar a su destino.

Yo mismo le traje una yegua tranquila y de pie firme, y osé hacerle una pregunta:

—¿Dónde la llevaréis?

—Hacia el oeste. Allí se encuentra el río Aulimiaz, que marca el límite entre las estepas de los urganos y las praderas de las ciudades alanas —y mientras hablaba miraba hacia la puesta de Dares, como si estuviera a tan gran distancia lo que decía—. Construiré para ella una sencilla balsa, y la depositaré en el río. Llegará así a lo que vuestro pueblo llama *Gaer Lürkebas*, el Mar Interior, donde podrá reunirse con los espíritus primigenios del instrumento de la Creación.

Tras decir esto, depositó con suavidad sobre el lomo de la yegua a la que fue su alumna y amiga, y salió de la ciudad por el oeste, sin pronunciar palabra alguna ni girarse ni una sola vez.

Me reuní con Detala y Praeseo, quien justo entonces recibía la visita de Galgo.

—Habéis luchado bien con nosotros, querágleo —le decía nuestro líder—, y casi estoy por consideraros tan amigo como al que más.

Galgo le ofreció entonces el antebrazo diestro, con el brazo abierto hacia el exterior y una sonrisa franca y abierta. Leander le agarró por el codo, máxima muestra de confianza.

Ambos se estrecharon entre risas por un breve instante, y se alternaban para empujar y estirar del brazo del otro. Cuando se apartaron, Galgo dijo:

—Considero alcanzada mi venganza sobre el duque de las Fuentes, y lo mismo hago con la vuestra. No ha mucho que os dije que no teníais gobierno sobre mí por no ser oretano, y deseo cambiar eso. Vuestro pueblo tendrá que crecer, y quiero ser el primero en hacerlo por adopción.

—¿Uniréis de forma definitiva vuestro destino al del pueblo oretano?

—Tanto que a ojos de los extraños seré oretano en todo, salvo en el envoltorio de mi cuerpo.

—¿Obedeceréis al gobierno que los oretanos crean conveniente adoptar?

—Por supuesto, aunque si hay una elección que hacer, mi voto siempre irá para vos.

—Por segunda vez desde que nuestras vidas se cruzaron, os digo: Habéis hablado bien; vendréis con nosotros.

Después de Galgo, algunos otros decidieron hacer lo mismo, la mayoría porque de verdad querían unirse a nuestra gesta, otros por no tener lugar al que dirigirse, y los menos por no quedar mal ante los demás.



Dos días más permanecimos entre las polvorientas y ennegrecidas ruinas de Ur, mientras los heridos más graves decidían su batalla entre la muerte o la mejoría.

Tal y como Detala y los suyos hubieron de hacer en el campo de batalla perdido entre los montes orientales, nos tocó construir una pira para los fallecidos en el asalto de Ur o en los días siguientes. Cuando las llamas comenzaron a rozar los

cadáveres, se ofició una breve ceremonia que fue despedida por Praeseo Leander con la frase ritual:

—*Näkesle, biösesmi bas aronäidenkesli isäbinmi* —el oretano de pasadas generaciones era extraño a nuestros oídos, aunque no ignorábamos su significado. Sin embargo, en honor a los que se habían unido a nuestro pueblo en los últimos meses, tradujo aquel verso de la Canción del Silencio a la lengua diaria—. «En tu ausencia, enjaularé mi corazón entre tus huesos».

Tras diez días de estancia, unos trescientos oretanos abandonamos la ciudad. Salíamos de sus ruinas con medio millar de monturas y sus alforjas repletas de alimentos. El norte prometía tierras nuevas y seguras, y nada podría frente a un pueblo con semejante voluntad. Cualquiera que siquiera lo pensara, temblaría al recordar los bellos edificios que una vez ocuparon la desolación de Ur.

4. Hogar

Al norte de las estepas urgas, Ciclo de los Soles 4002

La llegada a aquel lugar fue fortuita, y tal vez era cierto que los Poderes estaban de nuestra parte. Sin dudarlo, el que Praeseo Leander estuviese al frente de nuestra columna y fuera el primero en vislumbrarlo, se tomó como una señal enviada por Vael, el dios lobo.

Después de pasar casi medio ciclo dando tumbos por las herbosas estepas, cuyo color vimos cambiar poco a poco conforme los vientos procedentes del sur adquirían fuerza, habíamos llegado a la conclusión de que no encontraríamos en ellas lo que buscábamos. Nuestro pueblo, debilitado por la guerra y el hambre, necesitaba por el momento de un lugar resguardado donde poder protegerse con facilidad, tanto del poder de la Oscuridad que seguía al sur, como de los urgas, cuyos caballos habíamos robado tras destruir la ciudad de Ur y cuyas gentes no dudarían en tomar sangrienta venganza. Al mismo tiempo, queríamos una zona con una fuente de agua limpia, y lugar donde conseguir madera. Algunos, de hecho, comenzaban a sentir nostalgia del campamento de Bostegun, que establecimos en la estación fría anterior, obligados por las circunstancias y con carácter transitorio.

Nos habíamos desplazado hacia el noroeste, en dirección a una tierra de colinas redondeadas. Sin embargo, no

encontrábamos cursos de agua importantes, y aunque pudimos reponer cada día nuestros odres a partir de las aguas de pequeños riachuelos, tuvimos que seguir nuestro viaje. Además, los pequeños montes estaban cubiertos sólo por una maleza baja, leñosa, con la que se hacían buenas fogatas pero era imposible usar como material de construcción. La caza era abundante, y hubiéramos podido pasar mucho tiempo por aquellos parajes, mas la moral de nuestra gente se resentía, y además los vientos no tardarían en volver a cambiar, y el frío en aquel lugar no sería cosa para tomarse a broma.

Nuestros oteadores habían comentado que, más al norte, a un par de jornadas de viaje a caballo, parecían acabarse las colinas y comenzar una tierra más húmeda.

En el mismo día en el que empieza este relato, habíamos llegado a una empinada ladera que nos obligó a echar pie a tierra y llevar a las monturas de las riendas. Praeseo, como digo más arriba, se había puesto en primer lugar, y cuando llegó a lo alto nos sorprendió dejando caer la lanza que le había ayudado en su ascenso. Nosotros le veíamos desde una posición inferior, así que no sabíamos qué había más allá de la cima. Sin saberlo, habíamos llegado al final de las colinas, y también de nuestro viaje.

Leander cayó al suelo de rodillas, los brazos abiertos como si quisiera abarcar todo lo que contemplaban sus ojos. Luego lanzó un grito de júbilo y se echó las manos a la cabeza. Y él, que nunca había demostrado gran religiosidad (y cuando lo hizo fue para usarla como instrumento que fortalecieran los lazos entre nuestra gente o para animar al espíritu debilitado), dio gracias a Vael y al resto de las bondadosas Potencias que le habían permitido contemplar aquel lugar.

Cuando llegué a su altura, vi que no era para menos. El valle se extendía de este a oeste, recorrido por un tranquilo y ancho río al que tributaban multitud de pequeñas corrientes

que descendían por unas paredes de piedra angulosa situadas al norte. Estos muros naturales, excavados por el viento durante eones incontables, dejaban una suerte de planicie rectangular entre ellos y el propio río. Y esa superficie tenía por tanto dos únicos accesos, en levante y en poniente, repletos ambos de pequeños canales y separados por una legua de terreno despejado. Más allá, a un lado y otro, aparecían grandes extensiones de bosque.

Sin embargo, en añadidura a la perfección de aquel lugar, que parecía una tierra preparada por los Poderes a propósito para nuestras necesidades, lo que hizo que Praeseo exclamara de satisfacción fue el gran parecido que guardaba la localización con el terreno que rodeaba Vortal, la capital de nuestra nación antes de que la Oscuridad llegada del Inframundo nos forzara a huir de allí. La villa principal de Aorista se asentaba al pie de tres altas mesetas; miraba hacia el este, pero la protegía por aquel lado un río de parecidas características al que veíamos entonces a nuestros pies.

Y así fue como nuestro pueblo encontró un lugar definitivo en el que residir.



Habían transcurrido ya tres días desde que encontramos aquel valle, y la actividad era frenética. A pesar de que nos habíamos acostumbrado a dormir al raso, con el azote del viento de las estepas, o incluso sobre nuestras monturas cuando el suelo estaba demasiado húmedo, todo el mundo deseaba construirse pronto un refugio para cuando llegara el frío. Por fortuna, entre Praeseo y Detala pusieron algo de orden. El que llamábamos por su complexión Galgo parecía haber asumido el liderazgo de los extranjeros recién adoptados por nuestro pueblo, y yo mismo, como soldado veterano, era

obedecido entre la gente armada. Tenía la sensación de que muchas veces creían que mis órdenes no hacían más que transmitir las de Leander, pero mientras me hicieran caso y se comportaran con compostura no tenía ningún problema con ello.

Había acompañado a nuestro caudillo a revisar el lugar por donde cruzaría la empalizada provisional que pensábamos levantar. Mientras paseábamos y seguíamos el contorno de la misma, Praeseo me comentó:

–Necesitaremos una lista de los oficios que ejercía todo el mundo antes de... ya sabes. Encárgaselo a Detala de mi parte. Habrá que añadir cualquier tipo de conocimiento que creamos útil para los próximos meses, ya que hay mucho que hacer. Y ya que hablamos de ello, ¿sabes si tenemos un herrero? Un armero, quiero decir, no un herrador.

–Bueno –contesté–, está ese hombre que invocó la ayuda de Saur la noche que asaltamos Ur.

–¡Poderes, Kerüle! –replicó, al tiempo que paraba de caminar–. Si es manco...

–Sí, es cierto. Y de hecho, creo que me comentó el otro día que deseaba poner por escrito todo lo sucedido en los últimos meses. Al parecer, puede sujetar bastante bien la pluma con la siniestra, a pesar de que nunca fue zurdo. De todas formas, lo que quería decir es que él era armero, y podría enseñarle el oficio a alguien, ya que no puede hacerlo por sí mismo.

Antes de que tuviera tiempo para contestarme, sin embargo, fuimos rodeados por la primera embajada enviada a tratar con nosotros desde que residíamos en aquel lugar. Se habían acercado desde un terreno más bajo, situado a nuestra espalda, sin que pudiéramos escucharlos. Yo eché mano a mi falcata, aunque era poco lo que podríamos hacer si la cosa se ponía fea. ¡Buen guardia estaba hecho!

Eran cuatro hombres y dos mujeres, y la más pequeña de todos ellos me superaba en una cabeza. Su tez era de tono oliváceo, rubicundos sus cabellos, y los ojos chispeantes. Portaban ropas de tela algo basta, aunque bien confeccionada y de colores alegres, y de sus cintos pendían varias armas. Una de las mujeres apoyaba una gran hacha sobre su hombro, mientras un montante aguardaba dentro de una vaina en la espalda de un hombre de mirada furibunda.

Fue éste el que, en una lengua gutural que no entendimos, pronunció una corta frase. Leander se giró entonces hacia la mujer sin armas, y sonrió tranquilo. Yo ignoraba si nuestro líder había captado alguna señal, o si fue sólo una suposición, pero acertó de pleno al dirigirse a ella. La sonrisa pícaro de la joven, como si fuera culpable de alguna travesura, no dejaba lugar a dudas.

A mí me había parecido en un principio inofensiva, y de menor categoría que sus compañeros. Pero enseguida tuve que inferir que se trataba de una percepción causada por mi condicionamiento cultural: en Aorista, las armas dotaban de categoría al poseedor, y ningún gobernante se presentaría sin ellas. Entre estos extraños, sin embargo, la joven desarmada parecía traslucir cierta seguridad que no aparentaban los otros. Tenía los ojos un poco hundidos, muy grandes, separados por una nariz chata y algo ancha que finalizaba en unos sonrosados labios carnosos, por cierto apetecibles. Sus cejas oscuras, bajo una frente despejada, daban firmeza a su mirada, y el cabello, algo más oscuro que el de sus compañeros, enmarcaba un rostro de niña, impresión desmentida por la seriedad de su expresión. Un pequeño lunar bajo el ojo izquierdo actuaba como único defecto, pero resaltaba la belleza de que hacía gala. No parecía un pueblo dado a los adornos, pero ella lucía un sencillo collar dorado ceñido al cuello, abierto en la garganta y rematado por dos pequeñas esferas del mismo metal.

Leander hizo un gesto hacia mí, para instarme a guardar la calma y mantener mi arma envainada. Una vez cumplida su orden, Praeseo señaló su propio pecho y el mío, mientras pronunciaba al mismo tiempo nuestros nombres. Luego extendió la mano hacia la joven, como un modo de preguntarle a ella el suyo.

–Arianrrod Gwenëd –pareció decir ella. Y luego pronunció otra frase. Distinguí una entonación interrogativa, pero las palabras parecían pertenecer a algún dialecto berón.

–Pues no, linda, tampoco te entiendo con eso –dijo Leander, aunque de nada servía.

–Creo que es berón, o se parece. Tal vez Galgo entienda algo y nos pueda servir de intérprete.

–Podemos intentarlo. Desde luego, Qeraglis está más cerca del territorio berón que ninguna de nuestras regiones, aunque ni siquiera son limítrofes.

Praeseo Leander alzó sus manos, y realizó una serie de gestos que pretendían ser interpretados como *«ahora tranquilos, que voy a llamar a alguien, pero está todo bien entre nosotros y no va a haber violencia alguna ni amenaza por nuestra parte»*. Cualquier otro que pretendiera contar esta historia tal vez incidiera en los valores comunicativos y su relación con el medio cultural, o realizara una digresión sobre la imposibilidad de comunicación, con alguna referencia a la pérdida de los viejos valores. Sin embargo, por mi parte lo único que pensé en aquel momento fue en lo irónico que resultaba ver al que todos calificábamos como nuestro caudillo realizar una pantomima digna de un teatro para infantes.

Me sacó de mis pensamientos el propio objeto de ellos, Leander, quien a grandes voces solicitaba que Galgo fuera llamado. Se dirigía a alguno de los oretanos más cercanos, que habíanse aproximado al ver que nos rodeaban los extraños.

Pasó un largo rato hasta que llegó el querágleo, y mientras tanto cada vez más oretanos nos habían ido cercando. Leander dio órdenes para que se mantuvieran en la parte más cercana a la que iba a ser nuestra ciudad, y la joven que había dicho llamarse Arianrrod pareció captar la idea y con dos palabras en su gutural idioma hizo que sus hombres se colocaran tras ella, en una posición menos amenazante.

Cuando Galgo hubo llegado, Leander le pidió que averiguara si podía comunicarse con aquella gente, y si así fuera que les invitara a sentarse en nuestro campamento. Hubo un intercambio entre Galgo y la joven. Distinguía que él hablaba berón, aunque yo no lo entendiera, pero la lengua de este pueblo era distinta. Desde luego, el aspecto y la complejión de sus cuerpos no eran típicos de la etnia berona.

—Esta joven dice ser Gwenëd —resumió Galgo—, la hija menor de Arian, el rey de las altas tierras de Olöt, esté eso donde esté. Parece ser que nos hemos instalado justo en su frontera meridional, y venían a interesarse por nosotros, y a saber si debían *preparar el afilado acero o el pan y la sal*. Eso último es una traducción bastante literal; debe ser una expresión.

—Asegúrales que no hemos venido a hacer la guerra a su pueblo —comentó nuestro líder.

—Ya le he dicho que somos refugiados. No sabe nada ni de la Oscuridad ni de problemas en Urgan.

—Y bien, ¿quiénes son? —pregunté, y fui la causa de un nuevo intercambio de información.

—Se llaman a sí mismos olotanos, o algo similar —contestó luego el querágleo—, y el berón no es su lengua natal, sino que lo conocen por sus contactos comerciales. Es decir, como yo. Ellos chapurrean de una manera, y yo de otra, pero más o menos nos estamos entendiendo.

—Invítales al campamento —ordenó Leander.

–No están autorizados a penetrar en nuestros hogares, pero aceptarán beber agua con nosotros. Debe ser algún tipo de bienvenida ritualizada. Luego una pequeña comitiva debería ascender con ellos para conocer a su rey.

–Diles que estaremos encantados. Iremos nosotros tres, con algunos guardias.

–¿Dejaremos a Detala fuera del asunto? –dijo Galgo, inocente.

–Nunca pongas todos los huevos en la misma cesta, amigo –contestó Leander, haciendo uso de la más popular de las sabidurías–. Parecen buena gente, pero si nos han engañado, o si se produce alguna confusión allá arriba, me gustaría que los nuestros tuvieran una referencia clara a la que dirigirse en busca de apoyo. Y no dudaría en dejar a mis propios hijos con Detala.



–Mirad lo que me han regalado ahora –dijo Praeseo, al penetrar en la pequeña tienda que usábamos a modo de «sala de consejos».

Detala y yo decidíamos cómo repartir de manera equitativa los turnos de guardia, en función del valor de cada uno. Mientras, compartíamos una taza del fuerte destilado que hacían los oltanos. Sabíamos que Arian de Olöt había convocado a nuestro caudillo a una nueva reunión, pero esperábamos que pasara la noche en su ciudad.

Habían transcurrido un par de ochanas desde nuestro primer encuentro con ellos, y todo había ido como la seda. Poseían una cultura de valores sencillos, pero eran nobles y orgullosos. Si bien tenían un fuerte sentido de la propiedad, no dudaban en compartir con los demás cuando hacía falta, y habían comprobado que nuestro pueblo estaba necesitado de

ayuda. Les encantaba escuchar las historias sobre nuestro glorioso pasado o sobre la dura caída contra la Oscuridad, y Galgo se había quedado con ellos para mantener un contacto más prolongado. Aunque creo que el contacto lo deseaba realizar más bien con una guapa olotana con la que por último acabaría unido, pero eso es otra historia.

El viaje hacia las tierras que ocupaban era, aunque corto, bastante duro: debía atravesarse parte de la foresta de la zona occidental, y luego ascender por pasos estrechos. Una vez arriba se descubrían unas praderas verdes, inclinadas y poco indicadas en general para la agricultura, que permitían, empero, mantener los enormísimos rebaños vacunos y ovinos de los que alimentaban a los olotanos. Más allá, antes de que el terreno volviera a ascender, nuestros nuevos amigos tenían su única población, que parecía llevar el nombre de su líder, y ellos llamaban la Corte de Arian. No eran muchos en número, pero vivían cómodos en una franja de terreno bastante amplia.

Y a pesar de la orografía, los regalos no habían hecho más que descender desde allí. Parecían gustosos de forjar una alianza con nosotros, y para no ofender nuestro orgullo decían que la presencia de unos buenos amigos en esas tierras les permitiría saber con antelación si llegaba la Oscuridad desde el sur. No sólo comida, sino también mantas o aperos de labranza, utensilios para cocinar o sencillos juguetes para los niños, habían realizado un viaje sólo de ida hacia nuestro campamento. Además, una cuadrilla de hombres había plantado una tienda junto a nosotros, y ayudábanos en lo posible. El tamaño de aquellos olotanos venía muy bien en algunas tareas, por cierto. Por si fuera poco, se estaban adaptando a algunas de nuestras costumbres, y aprendían rápido la lengua oretana.

En nuestro relato habíamos dejado a Praeseo Leander con un objeto en la mano, que nos mostraba con una mezcla de

orgullo e indecisión. Al fuego de las velas que nos iluminaba, lanzaba destellos plateados, y su forma toroidal no dejaba dudas de que era uno de esos collares que habíamos visto entre algunos olotanos.

—¿Es un torq? —pregunté, incrédulo. Detala, junto a mí, sonreía como una niña pequeña cuando comprobó que en efecto era un aro sencillo, con un par de esferas en los extremos abiertos.

—Aunque todo olotano puede llevar un adorno como ese en el brazo o la muñeca —explicó Praeseo—, sólo el rey y su familia pueden portarlo al cuello. Y todos están contruidos en bronce u oro excepto dos: el del rey y el de su sucesor, que deben ser de oro blanco. Al parecer, la única palabra que a Galgo se le ocurrió para expresar que yo era quien estaba al mando es la que los braerios usan para referirse a su rey, así que los olotanos me han tomado como el monarca de nuestro pueblo.

—No son los únicos —intervine—: aunque no lo hacían ante tí, y tampoco en tu presencia, algunos ya habían empezado a llamarte «rey» durante nuestro viaje. La destrucción de Ur te granjeó muchos apoyos.

—Mas eso fue algo realizado entre todos... —alegó Leander.

—La modestia —dijo Detala— no es una característica deseada en un rey. Recuerda que es el representante de todo un pueblo, y debe mostrarse orgulloso de sus acciones.

—No voy a negaros que he pensado en ello muchas veces. No en vano era primo segundo de Zora, nuestra monarca en la Corte de Aorista, y no es necesario que os diga que el blanco de mis cabellos es signo de que mi parentela, como la suya, procede de los primeros fersos que habitaron bajo el anchuroso cielo. Sin embargo, mi intención era ceder mi mando a un grupo de individuos. El caudillaje es necesario cuando estalla una crisis como la que hemos vivido, mas una vez finalizada ésta, aquél no tiene sentido. Desde luego, me

propondría a mí mismo para formar parte de ese consejo, pero no haría depender de mi mandato el destino de todo un pueblo. Además, casi me parece una traición hablar de entronizarme.

–Quítate eso de la cabeza –dijo la mujer, bastante seria–. Aorista ya no existe, y somos todo lo que queda de nuestro pueblo. Ya no hay una Vortal donde volver, y Zora y el resto de la familia real han muerto. Debes ser nuestro rey –y luego, tras lanzarme una mirada divertida, continuó–. *Debéis* serlo.

–La sabiduría personificada, Detala –dije–. Si fuera más joven, me encargaría gustoso de mantener a tus hijos.

–Como aquel orador clásico al que llamaban el Guisante, «entiendo que dé muchas veces la impresión de estar diciendo cosas nuevas, cuando en realidad digo cosas muy viejas, pero que la mayoría no ha oído».

Yo lancé una carcajada, que sonó seca y fuera de lugar. Luego, como si me hubiera aliado con Detala, repuse:

–Decís que un caudillo es necesario en tiempos de crisis, y yo os digo que no hemos abandonado en ningún momento la zona de peligro. No sabemos nada de la Oscuridad, y tal vez, las Potencias no lo quieran, esté más cerca de lo que pensamos. Además, no sería raro que los urganos se atrevieran a mover ficha, e intentasen realizar una correría de castigo sobre nosotros. Por otra parte, por lo que he podido enterarme, el que los olotanos estén establecidos en zonas tan altas se debe a que en las tierras bajas suelen encontrarse durante la estación fría lobos hambrientos y otras criaturas mucho más peligrosas, incluso ogros. Nuestro pueblo necesita a su rey, *majestad*.

–Por mucho que digáis ambos, no vais a convencerme. Debo pensar sobre ello. Y, por todos los Poderes, dejad la bromita del voseo y la majestad; ni de rey quiero que mis amigos me den tal tratamiento.



Gwenëd, tercera hija del rey Arian de Olöt, encontrábase en un estado de ligera turbación. Había comprobado las miradas admirativas que le lanzaba el que llamaban Leander, el monarca oretano, pero él no parecía captar las insinuaciones implícitas en sus movimientos y gestos. Suponía que alguna noción cultural era, por supuesto, distinta entre sus pueblos, y se preguntaba cómo haría para superar la barrera idiomática que les separaba. Había comenzado a aprender oretano, pero no podía expresar más que algunas nociones sencillas, y no se atrevía a pedir la traducción de lo que en realidad deseaba decir.

Se sorprendía a sí misma en muchas ocasiones al analizar su propia conducta, pues comprobaba que se volvía a veces algo melancólica y otras era más proclive al enfado. Y sin embargo, sólo con pensar en Leander notaba un calor en su interior que no había sentido nunca. Y se alegraba demasiado cada vez que debía encontrarse con él, aunque luego, cuando por fin podía verle, se daba cuenta de que tal vez el oretano no podía o no quería tener nada que ver con una extranjera, y eso la desilusionaba tanto que se sentía vacía. Pensaba que si fuera una persona sólo un poco más débil, se echaría a llorar.

Para el día en que estaba previsto finalizar la empalizada, se había preparado un gran festín que celebrara la fundación de la nueva población. Por supuesto, habían sido invitados muchos olotanos, Gwenëd entre ellos, de tal manera que su número llegaba a superar el de los oretanos.

Los refugiados se habían puesto sus mejores galas, lo que no era decir mucho. La mayoría de prendas aparecían gastadas, ya que la migración o el trabajo las había dejado destrozadas. Algunas habían sido recuperadas para otros menesteres, y

complementábanse con piezas regaladas por los olotanos. Pero en general gustaban de tonos pardos, y muchos lucían todavía el oscuro luto por los familiares perdidos. Los oretanos, según un esperpento de poeta que los acompañaba, eran almas tristes, torturadas, adustas, de las que hablan en el silencio con la muerte y tienden sobre la vida una capa de ceniza.

La única distinción que separaba a Praeseo Leander del resto de su pueblo eran el torq de oro blanco y una capa de hechura oretana, que había ocupado muchas noches de costura de la envejecida Detala. El rey oretano había solicitado un pequeño cambio en el diseño del aro: había hablado con el orfebre para que creara dos pequeñas estrellas de cuatro puntas y las colocara en los extremos para sustituir las esferas. Según la traducción de Galgo, aquel sería un afilado recuerdo para que todo el que llevase colocado el torq pensara de forma continua en la gente a la que servía y gobernaba. Y en un día como el que estaba a punto de vivir, que representaba la creación de un reino en un exilio indefinido o permanente, Leander se había apretado tanto el torq que las estrellas le irritaban la piel, casi hasta hacer brotar sangre.

Era extraña la atracción que ese hombre ejercía sobre ella. Estaba claro que era un líder nato, un pastor de hombres y un caudillo para su pueblo. Pero había algo más, algo especial, que se removía dentro de ella. Al principio lo había achacado a la espesa mata de cabellos blancos, níveos, a pesar de su edad. Conforme pasaron las ochanas, fue convenciéndose de su error y pensó que, por ventura, se debiera a que lo veía como un verdadero adulto: un cuarentón experimentado que ejercía su autoridad sobre ella, quien superaba por poco la veintena. Pensar en ello, por cierto, hacía enrojecer sus mejillas. Pero ahora ya no estaba segura de nada, salvo de su deseo de permanecer junto a él.

Como escribiría más adelante el Bardo de la Losa, «era la hora ambigua, indecisa, en que la tarde y la noche se equilibran y como neutralizan», cuando el futuro rey Leander ascendió a una suerte de podio improvisado, y tras agradecer la presencia de todos, oretanos y olotanos por igual, habló con bellas palabras, que Galgo tradujo en la medida de sus posibilidades.

—Creo necesario seguir agradeciendo, nunca lo haremos lo suficiente, la bienvenida, recepción y ayuda de nuestros amigos, vasallos de Arian. Ahora se nos ofrece un buen momento para devolver la dicha que nos proporcionan, si no en materiales y regalos sí en categoría. Así pues, considero a su pueblo de la misma importancia que poseían los Padres Priors de Aorista, cuando todavía residíamos en el lejano sur. Lo que les equipara como nuestros hermanos en términos sociales, y hace posible las uniones conyugales entre nuestros pueblos —una pequeña exclamación de alegría recorrió las filas de ambos pueblos por ese anuncio—. Dijo el retratista que «mil veces desdichado sobre toda desdicha quien no viendo nada aquí abajo sino caos y mentira, agotó en su corazón la fuente de la esperanza». Yo os digo que en nuestro exilio, en nuestra larga emigración que, por ventura, habrá finalizado ya, es poco lo que hemos visto y vivido que no se corresponda con la oscuridad y la traición; pero al fin hemos encontrado un lugar donde la norma ha encontrado su excepción. Un famoso teólogo norteño escribió que la vida sólo puede ser comprendida mirando hacia atrás, pero ha de ser vivida mirando hacia adelante. También nos dejó dicho el mejor de nuestros literatos que si de verdad conocemos nuestro pasado, si miramos hacia atrás y vemos dónde hemos estado, quizás podamos entender el presente; sólo entonces podremos pensar en el futuro. Es mucho lo que nuestro pueblo ha sufrido, pero, como escribiera el anónimo a quien llamamos el Rojo, «nada se seca con más rapidez que una lágrima», así que olvidad

nuestras penas pasadas. Debemos recordar ese proverbio zalí: que la lengua resiste porque es blanda y los dientes ceden porque son duros. Adaptabilidad: ése es el núcleo de nuestra resistencia. Y eso me lleva a aceptar un puesto que muchos de vosotros ya me estábais otorgando: yo, Praeseo Lenteida, llamado Leander por mis hazañas, deseo ocupar el trono de los oretanos. ¿Hay alguien aquí que se oponga a mi nombramiento?

El silencio se adueñó entonces del campamento, ya que todos habíamos estado esperando ese momento. Por su parte, los olotanos sabían que el discurso era una formalización de una relación ya establecida. Pasados unos breves momentos, Leander continuó.

—Entonces, mi primer acto como monarca es fundar la villa de Liertal, cuyo nombre recordará por siempre el lugar del que venimos. Y ahora, ábranse los toneles de vino, sáquense las jarras de destilado, y que suenen los instrumentos musicales. ¡Mucho hay que celebrar, y la noche es corta!

Al descender del podio para comenzar a estrechar antebrazos, Gwenëd se adelantó en un movimiento inconsciente, presa de un arrebato, y tras abrazar con fuerza al nuevo monarca le plantó un beso en los labios. Fue un beso largo, apasionado, que ambos habían estado esperando. Cuando se apartaron, los ojos de Leander estaban fijos en los de ella, y sonreía como si jamás hubiera conocido la dicha. Varias risas cómplices, abiertas y francas, se oían a su alrededor, pero ellos dos no se percataban de ello.

Mas la gran cantidad de gente que deseaba felicitar a Leander los arrastró en su vorágine, y fueron apartados de forma brusca. Su separación duraría toda la noche.



Mucho más tarde, los efluvios del alcohol todavía nublaban su consciencia, y Leander decidió ir a dar una vuelta por la orilla del río. Dejó atrás la francachela, que se había ido dispersando en diversos puntos del campamento pero seguía con todo su auge, y salió por una de las poternas de la empalizada. Una cornamusa solitaria, tocada por alguien ajeno a su manejo, sonaba cerca de allí.

Intercambió algunas palabras con uno de los pocos guardias que el rey Arian había distribuido por el exterior. Le dejó un cuartillo de vino para combatir el frío y la humedad de la noche, y continuó su camino.

El bullicio y la luz se fueron atenuando conforme se alejaba de la nueva ciudad, y le daban la bienvenida un cielo plagado de estrellas diferentes a las de su infancia y una brisa tan fría que dejaba sentir sus agujas sobre la piel. Una densa niebla, blanquísima, cubría la superficie del río y las luces de las lunas jugueteaban con ella para crear formas vaporosas, como espectros que quisieran acometer al incauto. En la orilla contraria los matorrales eran sombras negras, informes, que hacían sentir cierta inseguridad ante lo desconocido. En este lado, la tierra negra y húmeda bajo sus pies sólo albergaba un solitario árbol, tras cuyo tronco se agazapaba una silueta negra como la noche.

Leander, sobresaltado ante la pavorosa presencia, extrajo su arma con rapidez. La niebla que el destilado había provocado en su mente desapareció de pronto, mientras la bruma real se arremolinaba en torno a los tobillos de la figura. Ésta pareció crecer, alzarse hasta una altura similar a la del monarca, y avanzó hacia él, hasta ser iluminada por las lunas.

—Nada temerá el rey Praeseo de una jovencita olotana, ¿verdad? —dijo Gwenëd, que era quien salía de entre las sombras.

—¡Menudo sobresalto! —replicó Leander—. Por poco os ensarto...

—Ya me gustaría.

—¿Cómo decís?

—Nada, nada —contestó Gwenëd al tiempo que sonreía y agitaba la mano.

Se había acercado tanto a él que el monarca podía ver el reflejo de la luz de las lunas en su pupila, en el centro de unos ojos negros y profundos, donde gustoso se dejaría caer. No pudo evitar poner por palabras ese pensamiento, de forma casi literal, y observó grato cómo ella bajaba la cabeza con una sonrisa en sus labios. Unos labios carnosos y sensuales, con el inferior un tanto más pleno, serios por lo general, pero que ahora le llamaban a actuar.

Como el bardo mercenario que era, «había soñado con su piel morena en las sombras de un atardecer, mientras la llevaba de la mano a través de un páramo desolado en cuyo horizonte emergían columnas de humo, volcanes a punto de hacer erupción». Lo que no recordaba era que aquel paraje que permanecía en su memoria era la tierra de los ildetanos y el humo provenía de los fuegos de la guerra. Pero la chica era ella, de eso no había duda. Porque el suyo se correspondía con un amor indefinido, no del todo sexual, pero tampoco casto, que sólo entendía de impulsos, y podía dirigirse a una mujer u otra según las circunstancias. Pero no era un sentimiento de conveniencia: una vez encontrado su objetivo, debía mantenerse a toda costa, doliera lo que doliese.

Despacio, todavía con miedo a ser rechazado, tomó la redondeada barbilla con su mano, y se aproximó más a ella. Ambos notaron el calor del otro, y tras una pausa Leander avanzó un poco más para saborear de nuevo aquellos labios. Fue un beso largo y lento, y cuando se separaron el monarca

mantuvo el roce todo lo posible sobre el labio inferior, que había abierto un poco con el pulgar.

–Deseaba hacer esto desde el día en que nos conocimos – dijo él.

–¿Y si os dijera, Praeseo, que puedo conseguir que vuestro linaje mantenga el gobierno del reino durante mil años?

–Os contestaría con otra pregunta: ¿Eso ahora a qué viene?

Él había pasado su mano hacia la nuca de la joven tras acariciar con el dorso de los dedos la suave mandíbula. Se entretenía jugueteando con su pelo, negro como ala de córvido. La atrajo hacia sí, e intentó volver a besarla, pero ella lo detuvo, colocando sus manos sobre el ancho pecho del monarca.

–Contestadme primero. ¿Qué daríais para que vuestro reino se mantuviera vivo y a salvo durante mil años?

–Decís cosas muy raras, Gwenëd. ¿Os encontráis bien? Habláis en base a sinsentidos, ¿qué poder habríais de tener sobre el futuro?

–No os equivoquéis conmigo, Praeseo. Soy una visionaria. «Llueve en el mar, pero el mar sigue salado», e igual se mantendrán Liertal y sus tierras si un pacto conmigo selláis. Os aseguro que no os arrepentiréis.

Lo dijo con una sonrisa abierta y una mirada pícaro. Una actitud que no había visto nunca en ella. Se dijo que, por ventura, el destilado tomado durante la noche la hacía actuar así. Al tenerla tan cerca, su olor impregnaba todo su espacio, y confundía sus sentidos. En realidad, no comprendía demasiado bien lo que estaba sucediendo. Pero, como escribió Matavillas, «lo bueno de no entender nada es que uno puede entender esa nada como quiera».

–De acuerdo, entonces –dijo–, os seguiré el juego. ¿Qué habría de hacer?

–Tomadme. Aquí y ahora, en este suelo húmedo y en esta noche clara, tomadme y aseguraréis a vuestro reino mil años de protección. Fuera de ellos, no tengo poder.

–De acuerdo –dijo Leander entre risas–. Si eso es lo que deseáis.

–No os riáis. Esto es serio.

Con un movimiento fugaz, puso su pierna tras la de él y lo empujó, por lo que el monarca cayó al suelo sin remedio. Luego ella se echó sobre su cuerpo, a horcajadas, y comenzó a besarle de forma apasionada, al tiempo que iniciaba un movimiento de caderas que preludiaba cómo iba a funcionar aquello. El monarca aceptó todo lo que ella tuvo a bien darle, y sintió cómo su hombría pugnaba por liberarse. Decidió tomarse las cosas con mayor calma, pero para eso debía tener la iniciativa, así que giró en el suelo para poner a Gwenëd bajo él.

Despacio, fue descendiendo por el cuello, rozándolo con los labios, pero ella abrió sus ropas, le agarró de los cabellos y le dirigió hacia uno de sus pezones, que se encontraban enhiestos. Mientras tanto, Gwenëd seguía frotando su cuerpo contra él, y comenzó a gemir en un tono bajo. Leander siguió el viaje que estaba llevando a cabo con sus labios: bajó por el costado de la mujer, y luego giró hacia el centro, para detenerse un momento en el ombligo. Aquello causó estremecimientos en la joven, que separó un poco más los muslos mientras apretaba contra sí el torso aún encamisado del monarca. Éste pasó la mano hacia abajo, y acarició el vello de su monte púbico.

Luego se incorporó sobre sus rodillas, y contempló la belleza desfogada que tenía ante sí. Las mejillas teñidas de pasión, los ojos entrecerrados y los labios separados, que dejaban escapar suspiros al tiempo que su pecho subía y bajaba. Besó entonces su torneado muslo, desde la rodilla, para

ascender a continuación por la cara interior. Por último se sumergió entre los pliegues de su sexo, y los masajeó despacio con la punta de la lengua. Con los ojos cerrados, entregado a proporcionarle placer, notó como ella colocaba sus talones sobre su espalda y le agarraba los cabellos. Sus movimientos pélvicos chocaban contra su rostro, y le obligaban a aumentar poco a poco el ritmo. Tal y como ella le pedía, siguió dándole placer algunos instantes más, ayudándose con los dedos, mientras la otra mano acariciaba uno de sus senos. La joven gemía cada vez más fuerte; aceleró el ritmo, y pellizcar su pezón fue la gota que la colmó, e hizo que alcanzara el clímax.

Ella se incorporó, todavía sin aliento, y le atrajo hacia sí. Extrajo de entre sus ropas la palpitante virilidad y la guió a su interior. Leander, que se había estado reprimiendo, temía ahora hacerle daño, pero ella parecía preparada para albergarlo sin problemas. Por último, él se dejó llevar, y con sólo unos pocos movimientos dejó escapar en un último espasmo la oleada de calor que inundó a la joven.

Hubo un instante de perfección, mientras ambos recuperaban el ritmo normal de respiración. Luego ella dijo:

—El pacto está sellado, Praeseo.

Y el cuerpo de la joven se transformó en una sombra oscura. Ésta se disolvió con rapidez en una bruma blanquinosa, insultancial, que flotó por el suelo hasta unirse a la niebla que cubría la superficie del agua.

Leander quedó tirado en el suelo húmedo y frío, algo enfangado por la actividad previa, sin saber muy bien qué había sucedido.



Y mientras tanto, la verdadera Gwenëd, la de pelo no tan oscuro y que no dominaba en absoluto el oretano, la tímida

joven para la que había sido todo un logro alcanzar un beso, estaba sentada en uno de los bancos. Esperando ver en algún momento al rey Leander para poder dirigirle algunas palabras.

Sobre el autor

Nacido en 1981, Fco. V. Salvador se licenció en Filología Hispánica por la UNED. Siempre ha vivido en tierras valencianas.

Su pasión por la lectura le ha llevado a reunir una nada desdeñable biblioteca, que es el germen de su faceta como autor.

El gusto por lo clásico y lo medieval le condujo a profundizar en el género histórico, aunque no ha dejado de dar pasos por la senda de la fantasía heroica. Tras la publicación de *Evangelio según Longinus* y la presente antología, ha comenzado a preparar un libro histórico ambientado en el imperio de Kublai Khan poco antes de los viajes de Marco Polo.

Puede encontrárselo en diversas redes sociales, tal y como se ve en su página de *about.me*:



(<http://about.me/fcovsalvador>)